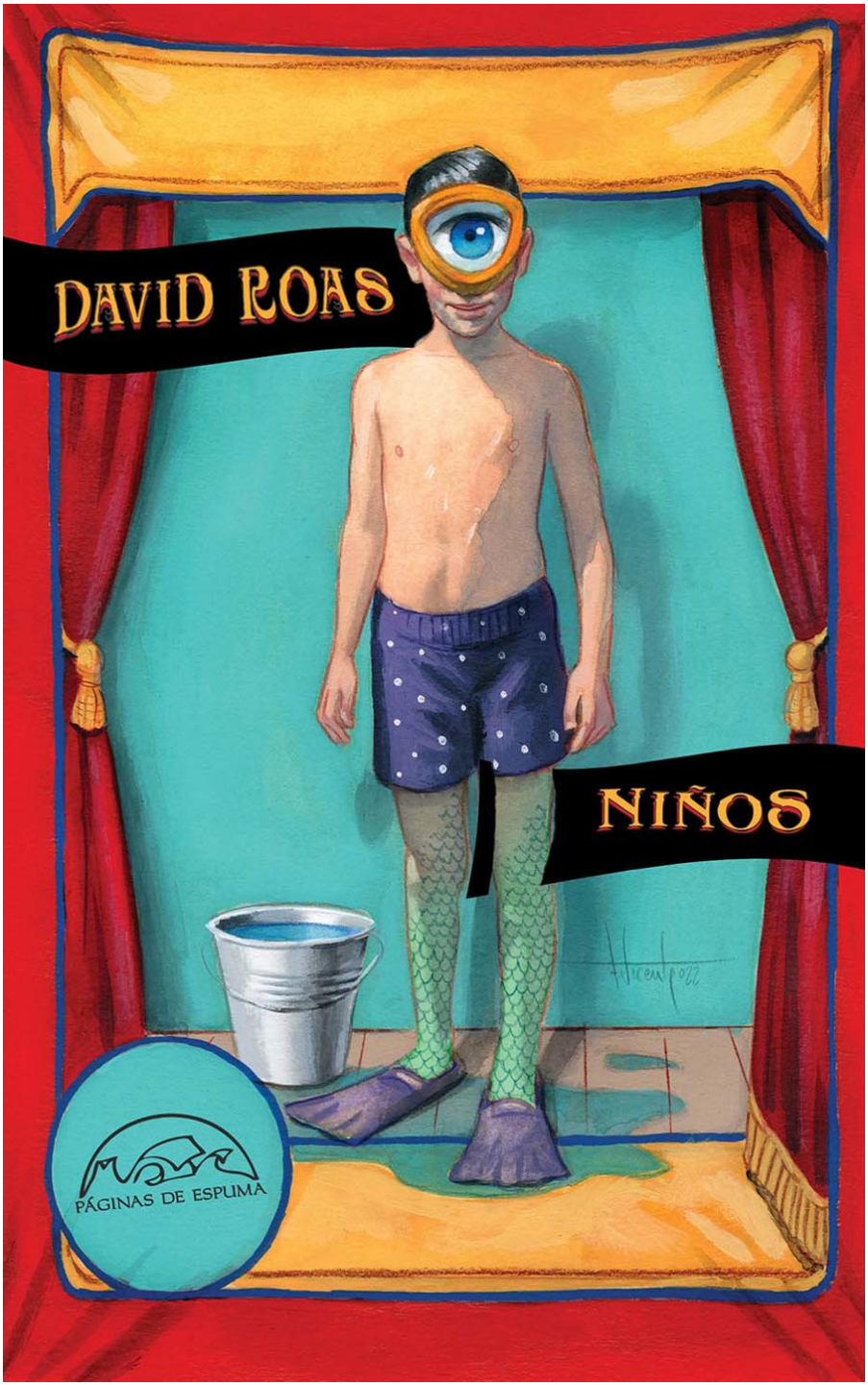
DAVID ROAS
NIÑOS
PÁGINAS DE ESPUMA

David Roas
Niños

David Roas, Niños
Primera edición digital: noviembre de 2022
ISBN epub: 978-84-8393-690-0
© David Roas, 2022
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2022
Colección Voces / Literatura 335
Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid
Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

A Ana, por provocarlo.
A Davichu, por inspirarlo.

La imaginación de los niños desestabiliza nuestro sentido adulto de la realidad y nos obliga a cuestionarnos los fundamentos mismos de esa realidad.

Valeria Luiselli, Desierto sonoro

Los adultos pueden hacer frente a rodillas despellejadas, helados caídos al suelo y muñecas perdidas, pero si llegaran a sospechar las verdaderas razones que nos hacen llorar, nos echarían de sus brazos con horror y repugnancia.

Katherine Dunn, Amor de monstruo

–No parece un monstruo, ¿verdad?
–Casi nunca lo parecen.

Stephen King, El visitante

¿Y quién quiere volver a ser niño?

Charlie Kaufman, Mundo hormiga

Este libro está inspirado en hechos reales. Se han cambiado los nombres y circunstancias con fines dramáticos y por respeto a las víctimas y sus familias. Todos los diálogos son imaginados.

FASE 1: HUEVO

Vinieron de dentro de

La primera vez que las escuché pensé que estaba soñando. Eran las cinco de la mañana y ni Marta ni yo estábamos despiertos para lanzar aquellas carcajadas.

Han estado interrumpiendo mi descanso las tres últimas noches. Y cada vez a la misma hora. El proceso es siempre igual: empiezo a escucharlas en sueños y mi vuelta a la vigilia coincide con el final de las risas. Sé que no me las imagino porque esas últimas carcajadas suenan en la habitación. En la realidad. No en mi cerebro. Sé que estoy despierto y que en ese momento yo no estoy riendo.

Al principio, supuse que era mi mujer. Aunque suele hablar, incluso discutir en voz alta mientras duerme, nunca la he oído reír. Ayer, después de que las risas me desvelaran, la vigilé durante un rato, pero no volvieron.

También pensé que podrían provenir de la casa de los vecinos. Su habitación es contigua a la nuestra y los tabiques son muy delgados. Pero suenan demasiado cerca. Suenan en nuestra cama.

He pasado el día obsesionado por descubrir su origen. Y la única explicación que se me ocurre, desechadas las más lógicas, me parece ridícula: a lo mejor es nuestro hijo. Mi mujer está embarazada de ocho meses y medio. A falta de pocas semanas para el parto, es evidente que el bebé está formado y gasta su tiempo en engordar. Si ya está acabado de hacer, ¿puede reír? Y, sobre todo, y esto todavía me inquieta más, ¿de qué se reirá ahí adentro?

Sé que podría preguntarle a mi mujer: ha leído más libros que yo sobre embarazos y partos, pero no me atrevo. Me tomaría por loco. O algo peor. Mi madre y mi suegra están descartadas, por la misma razón.

Reviso varios de esos libros. Mi mujer me observa desde su lado del sofá y sonríe, equivocada. En ellos se describen los diversos movimientos de los bebés en el vientre materno, su capacidad para soñar, sus reacciones a los sonidos externos... pero no dicen nada acerca de si estos pueden producir sonidos. Y menos aún, risas.

He buscado en Google («risa» + «bebé» + «vientre materno»), pero no he encontrado referencia sensata alguna. Eso sí, hay blogs y chats en los que muchas madres afirman haber oído llorar a su bebé en su vientre. No me lo creo: además de sonar a rollo místico, no aportan dato científico alguno. Pensándolo bien, no hay que ser muy avispado para saber que los bebés no respiran aire, sumergidos como están en el líquido amniótico. Y si no respiran, no pueden producir sonidos. Por tanto, y ello me tranquiliza, tampoco podrán reír.

Pese a todo, he pasado la noche en vela esperando que fueran las

cinco. Sé que es absurdo, pero tengo que descubrir como sea el origen de esas risas.

Llegan con toda puntualidad. Rápidamente, y sintiéndome ridículo de antemano, apoyo con delicadeza mi oreja derecha sobre el hinchado vientre de mi mujer: no quiero que se despierte y me pille en tan extraña posición. La última carcajada resuena imposible en mis oídos.

FASE 2: LARVA

La agonía del salmón

Después de un año en el mar, los salmones remontan el curso de los ríos para reproducirse. Ante ellos hay un largo y extenuante viaje que no todos lograrán finalizar con éxito.

El documental no ha hecho más que empezar y el niño vuelve a berrear. Mauricio no tiene especial interés en ver una historia sobre salmones –ni sobre cualquier otro animal en particular–, pero piensa que su previsible argumento (la agonía de esos pobres peces para conseguir aparearse por primera –y última– vez en su vida) le dejará desconectar durante un rato. Descansar.

La noche anterior no había podido dormir una sola hora. Le tocaba a él atender al niño, y este se había pasado, una vez más, la noche entera despierto y llorando, exigiendo biberón tras biberón y paseo tras paseo. La falta de reposo ha afectado a sus clases de la mañana: su discurso ha sido inconexo, confundiendo los datos, increpando a todo aquel que le interrumpía… En el tren de vuelta a casa, se ha quedado dormido antes de que este arrancase.

Mientras comían, Rosa le ha contado que el niño se ha pasado la mañana gimoteando. Preocupada, ha llamado al médico, pero este le ha dicho, como las veces anteriores, que al niño no le pasa nada. «Es un simple cólico, no debe preocuparse. Por lo demás, el niño está perfectamente. Ya verá como poco a poco empezará a actuar con normalidad. Paciencia».

Ahora el salmón se enfrenta al principal obstáculo de su viaje: los rápidos y las cascadas de los veloces ríos de Alaska. Con un esfuerzo extraordinario, el salmón logra superar desniveles de hasta tres metros de altura. Y en su batalla con el río, el salmón se encuentra con otro enemigo mortal: el oso pardo. Pero muchos logran eludir al temible depredador y continuar su jornada de cientos de kilómetros.

Mauricio trata de relajarse. Rosa se sienta junto a él y finge atender al documental mientras observa de reojo la cuna del niño, que continúa llorando.

Como no tiene ganas de hablar (Rosa tampoco dice nada que propicie una mínima charla), Mauricio intenta prestar atención a la historia de los salmones, a sus intentos por remontar la corriente y escapar de las fauces de los osos. Pero el continuo berreo lo hace imposible.

Para su sorpresa, Rosa no tarda en quedarse dormida. Mauricio la contempla en silencio. Aunque su cara refleja una cierta placidez, su cuerpo revela la tensión acumulada después de tantos días sin descanso. Los mismos que lleva el niño en la casa. Han transcurrido ya dos meses desde el parto y siguen sin habituarse a ese personajillo que

ha pasado a gobernar sus vidas.

La decisión de tener un niño había sido producto de las circunstancias, más que de un plan definido. Ambos tenían treinta años cuando se casaron, aprovechando que su vida profesional empezaba, por fin, a funcionar. Mauricio había conseguido hacía poco una plaza de profesor ayudante en la universidad y Rosa había sido ascendida a editora tras varios años de malvivir como correctora en la misma editorial. Durante los tres primeros años de matrimonio no se habían planteado tener hijos. No es que rechazaran tenerlos, pero se habían acostumbrado a una forma de vida que les dejaba hacer lo que querían cuando querían. Nada alteraba la placidez de su hogar.

Los primeros conflictos aparecieron gracias a las ganas de sus madres por ser abuelas. Lo que en los primeros meses de matrimonio no habían sido más que simpáticas preguntitas sobre el estado de Rosa, terminó convirtiéndose en una ofensiva en toda regla. Cualquier llamada telefónica, por trivial que fuese, cualquier comida en familia, se convertía en un feroz interrogatorio. Poco después, las preguntas dejaron paso a las advertencias («Rosa, hija, que ya tienes treinta añitos, el tiempo pasa y después te arrepentirás») y a las quejas veladamente amenazadoras («Soy la única del barrio que no puede pasear con sus nietos»). Mauricio y Rosa no les hacían caso e insistían en que no se preocuparan, que pronto les darían el preciado nieto (o nieta) que tanto deseaban.

La presión familiar se vio enseguida complementada por la que empezaron a ejercer aquellos que ya disfrutaban de la paternidad. Sus amigos insistían en las bondades de tener hijos («Es lo mejor que me ha pasado en la vida», repetían con gesto de iluminados), respaldando sus comentarios con frases que consideraban definitivas para convencer al que normalmente tomaban por el más reacio a la procreación («Pero si tú serías un padre magnífico, Mauricio»). El final de cada campaña era el mismo: obligarles a coger en brazos a los niños, algo que a Mauricio y a Rosa les encantaba, pero que sus amigos, convencidos de lo contrario, consideraban la terapia adecuada para vencer todos sus recelos.

En su cuarto año de matrimonio, Rosa se quedó embarazada. Tuvo suerte y el periodo de gestación fue comodísimo. Casi sin darse cuenta, se encontraron un día en casa mirando embobados aquella diminuta criatura que reposaba en la cuna y a la que no terminaban de acostumbrarse a llamar hijo.

A medida que se acerca al fin de su viaje, el salmón ha sufrido una dramática transformación, cambiando tanto de color como de forma. Preocupados únicamente por vencer los obstáculos que continuamente surgen a su paso, los salmones no toman alimento alguno durante su viaje. Eso les lleva a perder el cuarenta por ciento de su peso.

Durante los meses de embarazo, Mauricio y Rosa habían ido cambiando de hábitos. No les había importado aparcar las juergas ocasionales (cada vez, por cierto, más ocasionales) y adaptarse a un ritmo de vida más tranquilo. «Solo será durante un tiempo» se decían para consolarse. Además, estaba la necesidad de llevar una vida sana que exigía todo embarazo. Se acostaban pronto, paseaban, se sentaban a tomar el sol en los parques... Por solidaridad con Rosa, y también por el aburrimiento de beber solo (si no contaban con alguna visita que lo justificase), Mauricio rebajó el consumo de alcohol. Las resacas dejaron de ser una presencia habitual de los domingos. Todo ello les permitió pasar más horas juntos, disfrutar más de su vida en común.

No eran ingenuos y sabían lo que les aguardaba: dormir poco, acomodarse a los ritmos del pequeño, estar siempre alerta... En compensación, esperaban descubrir aquellos placeres de los que tanto les habían hablado, por encima de los cuales estaba ver crecer al bebé: «veréis como cambia día a día», solían insistir sus amigos progenitores.

Al principio, los continuos lloros, los inflexibles horarios de las comidas, la limpieza del bebé, les pareció lo habitual en aquellas circunstancias. Asumieron que el comportamiento de Pablito (así habían decidido llamarlo) era el de un recién nacido normal.

Pero lo que al principio parecía una novedad en sus vidas fue derivando hacia una insoportable monotonía. En todo momento, Pablito exigía que le prestasen atención. Unas veces era porque tenía hambre, otras porque tenía sueño, o porque quería estar despierto y junto a ellos en la cuna del comedor, o porque se había cagado... El niño se había convertido en el centro absoluto de su existencia.

Conforme los salmones avanzan en su viaje, los ríos se van haciendo cada vez más estrechos y menos profundos, lo que los convierte en blanco fácil para las águilas y otros depredadores aéreos. Pero es tal la cantidad de salmones, que muchos de ellos logran escapar de sus alados atacantes.

Por las mañanas, Rosa se quedaba en casa mientras Mauricio iba a la universidad a impartir sus clases. A su regreso, relevaba a Rosa en el cuidado del niño, lo que ella aprovechaba para ducharse y descansar un rato. Una vez alimentado y bañado, Mauricio dejaba a Pablito en la cuna del comedor y, sentado junto a él (habían descubierto que el niño tenía una especie de radar que detectaba cualquier intento de alejarse más de tres metros de la cuna), trataba de revisar las clases del día siguiente o de continuar con la escritura de un par de artículos en los que andaba metido desde poco antes del parto. Rosa, a su vez, se encerraba en la pequeña habitación que había convertido en su despacho dispuesta a enfrentarse a sus tareas de edición (su jefe no le había puesto problemas a que trabajase desde casa). Sin embargo, concentrarse era inútil: el niño –quizás asustado

por algún sueño, por un ruido llegado de la calle o provocado por Mauricio o por Rosa– acababa despertándose y llorando para reclamar su atención. No había otra que cogerlo y pasearlo por la casa para tratar de calmarlo. Y no se dejaba devolver a la cuna hasta que él mismo lo reclamaba. Poco a poco entendieron el sentido de las múltiples pataletas de aquel déspota.

El pediatra insistía, con esa superioridad propia del estamento médico, en que todo era normal, sin darles más explicaciones que su repetida recomendación de esperar. Pablito era un niño sano. Las abuelas, por su parte, recurriendo a su experiencia ancestral, les aconsejaban que lo dejasen llorar, que él mismo acabaría por callarse cuando viera que no le hacían caso (aunque, contradiciendo sus consejos, no cesaban de cogerlo en brazos a la primera oportunidad y de colmarle con todo tipo de mimos en cada una de sus visitas). Varios de sus amigos –transformados, gracias a la paternidad, en doctos pedagogos– les advertían de que nunca lo censurasen, que eso podía traumatizarlo ya desde la cuna. Pero ninguno de los miembros de ese comité de expertos les daba la receta mágica que les permitiera recuperar la tranquilidad perdida.

En aquella casa ya no había posibilidad de hacer otra cosa que no fuese vigilar al niño. Si concentrarse en sus respectivos trabajos era una actividad condenada al fracaso, lo mismo ocurría, por ejemplo, con la lectura: las novelas habían sido desterradas esperando tiempos mejores; el periódico, algún relato breve, era todo lo que podían consumir entre berrinche y berrinche. Con las películas y las series de tv pasaba igual: cuando más interesante se ponía la historia, Pablito se despertaba y les obligaba a pasearlo por toda la casa hasta que volvía a quedarse dormido. Una vez en cama, y en voz muy baja, el que se había quedado en el sofá le resumía al otro la parte que se había perdido, si lograba aguantar despierto hasta que el paseante regresaba. Al principio habían optado por poner la pausa y esperar, pensando que aquello duraría poco, pero cuando el otro volvía siempre se encontraba al del sofá durmiendo a pierna suelta, por lo que decidieron que era mejor que al menos uno disfrutara de la serie. El sexo seguía esperando tiempos mejores.

Su agudo sentido del olfato lleva a los salmones hasta las mismas aguas donde nacieron. Allí, después de feroces peleas, se aparean. Entonces, la hembra hace un nido poco profundo entre los guijarros del fondo y pone allí sus huevos para que el macho los fecunde.

Pese a todos sus agobios, Mauricio y Rosa no querían dejar a Pablito con sus abuelas. Siempre se habían burlado de aquellos amigos que a los cuatro días de parir ya estaban descargando al niño, como si fuese un mueble cualquiera, en casa de los abuelos para así poder salir de juerga. «No hemos tenido un hijo para que lo cuidéis vosotras»,

solían repetir ante la insistencia de las abuelas. Les parecía inmoral hacerlo, por la sencilla razón de que ellos lo que en verdad deseaban, lo que soñaban (una mañana se sintieron muy azorados al descubrir que sus sueños coincidían) era librarse un rato del pequeño y quedarse tranquilos en casa. Solo buscaban una pausa entre tanto llorar, mamar y cagar. Encima, las dos veces que cayeron en la tentación de dejar a Pablito con alguna de sus abuelas, no lograron disfrutar de su momento de libertad. Por un lado, porque creían que era muy pequeño (olvidaban que las abuelas habían sido madres en su día), y, por otro, porque temían acostumbrarse a su ausencia. El placer que sintieron en las breves horas en que se vieron libres de aquel incordio los había perturbado.

Empezaron a envidiar a los amigos que no tenían hijos. Sentían que sus vidas habían empezado a difuminarse, borradas por la presencia de aquel niño, al que querían, es cierto, pero cuyo dominio parecía que jamás fuera a terminar.

El salmón ha llegado al final de su camino. Allí empezó su vida y allí acaba. La perpetuación de la especie es el premio a tanto sufrimiento. Incluso sus cuerpos servirán para alimentar el lecho del río y dar a su progenie la posibilidad de vivir en un ambiente rico en nutrientes. Eso fomenta la vida de muchas otras especies, de las que sus descendientes dependerán. La odisea de los salmones ha llegado, pues, a su desenlace. Y el río que los vio nacer se convierte ahora en su tumba.

Pablito, por fin, se queda dormido. Mauricio no se atreve a moverse. Rosa, sorprendida por el repentino silencio, se despierta. La voz del narrador del documental atrae la atención de ambos. En la pantalla se ve un riachuelo casi sin agua en el que varios salmones se agitan moribundos. Todos ellos tienen muy mal aspecto. Han perdido buena parte de su piel, que deja ver una carne pálida y desleída, como si sus cuerpos estuviesen descomponiéndose. Y todos boquean y mueven de forma frenética sus agallas, intentando respirar. Los títulos de crédito aparecen sobre un primer plano de uno de aquellos peces agonizantes.

El niño vuelve a berrear.

Reunión familiar

Para Mark Twain

Nunca supimos si fuiste tú o tu hermano al que enterramos aquel día. Con el tiempo, ya dio igual.

Las palabras de tu madre resuenan intolerables en tu cabeza. No sabes qué te perturba más, si descubrir que una vez tuviste un hermano o que tus padres no sepan cuál de los dos es el que murió.

No recuerdo de quién fue la idea de poneros pulseras de distintos colores para identificaros. Decir que eráis iguales, es poco, hijo. Ocho meses juntos y ni tu padre ni yo éramos capaces de distinguiros. Aquella desgraciada mañana os estábamos bañando y, confiados, os dejamos a solas. No fue más que un instante. Cuando regresamos, uno de los dos estaba boca abajo, mientras el otro lo miraba en silencio. Os sacamos inmediatamente del agua, pero no hubo nada que hacer. Uno de vosotros estaba muerto. Nunca supimos quién: el agua había desatado las pulseras y ya fue imposible saber cuál era al que íbamos a enterrar. Sé que teníamos que habértelo contado antes, pero el tiempo fue pasando y ningún momento parecía el adecuado para hacerlo. Demasiado dolor. Tras la mudanza, lejos de los vecinos que os conocieron, tus abuelos eran los únicos que sabían la verdad de lo ocurrido, y les pareció bien guardar el secreto. Hasta que ayer tu padre encontró las pulseras en el fondo de un cajón y supe que no podía ocultártelo por más tiempo.

Un hermano. Gemelos. Tardas en procesar la historia que tu madre acaba de contarte por teléfono. Buscas en tu memoria, pero no encuentras recuerdo alguno de la época en que fuisteis dos. Tres décadas ejerciendo de hijo único, mientras tu hermano no llegó a celebrar su primer cumpleaños. Ahí se detuvo.

Revisas las pocas fotos de bebé que conservas buscando alguna pista, algún signo que revele –que confirme– lo que acabas de escuchar. En todas ellas, no podía ser de otro modo, apareces tú solo. O quizá no seas siempre tú el retratado. ¿Cómo saberlo? Te fijas en las pulseras. No sabes qué color os dieron a cada uno. Ni quieres saberlo. ¿Cambiaría eso algo? Uno de los dos está aquí y el otro lleva treinta años bajo tierra. Deberías sentirte afortunado.

El mito de la conexión entre gemelos parece no cumplirse contigo. Nunca has notado su ausencia. Nunca has echado en falta a tu otra mitad. Quizá porque se fue muy pronto.

A tu cerebro afloran imágenes de tu infancia, reminiscencias inconexas que, de pronto, empiezan a cobrar sentido. Tu madre llamándote a veces por un nombre que no era el tuyo, y lo azorada que se mostraba ante tus quejas. Los regalos dobles de tus abuelos por

tu cumpleaños, y sus excusas (Por si se te rompe. Por si lo pierdes), que ahora entiendes. Pobres abuelos, colmando de atenciones al nieto que empezó siendo dos. Aquello debió durar hasta tus siete u ocho años. Nunca te quejaste.

Ahora comprendes también por qué has sido hijo único. Con lo que tú insististe para que te dieran un hermanito. Cada berrinche tuyo avivaba, sin pretenderlo, el trauma familiar.

Pasan los días. No has vuelto a hablar con tu madre. No sabrías qué decirle, cómo expresarle tu malestar. ¿Por qué tuvo que contártelo? ¿Por qué despertar un recuerdo que no existía?

Un recuerdo que ha empezado a convertirse en obsesión. No puedes dejar de pensar en tu gemelo. Tu mitad muerta. Mientras aquel cuerpecito se pudría lentamente, tú seguías creciendo, ibas al colegio, aprendías a montar en bicicleta, te rompías un brazo (nunca acabaste de manejarla bien), ibas de vacaciones a la playa, te daban tu primer beso…

Sueñas con tu hermano encerrado en su diminuto ataúd. Lo imaginas con sus ropitas de bebé, idénticas a las que tú debiste seguir vistiendo durante un tiempo, muchas heredadas de él. Lo que más te inquieta –ahí es donde siempre te despiertas– es ver su cara, que es la tuya.

Noche tras noche, el mismo sueño te persigue. Hay veces en las que, todavía dormido, te parece sentir una presencia a los pies de tu cama. Cuando te incorporas y enciendes la luz, compruebas que la habitación sigue tranquila como siempre.

Hoy, tras notar la acostumbrada agitación sobre tu cama, enciendes la luz y lo ves. Cierras los ojos con fuerza, intentando borrar esa imagen, deseando que desaparezca. Pero sabes que está ahí. Y sabes quién es.

No parece un fantasma. Está a medio pudrir, el vestidito sucio y andrajoso. No hace ningún ruido mientras gatea lentamente hacia ti. Paralizado, no puedes más que encoger las piernas, retrasar todo lo posible el inevitable contacto. No sabes qué puede ocurrir cuando aquella pútrida piel roce la tuya. Antes de alcanzarte, se detiene. Con movimientos torpes, se sienta sobre la manta y te observa en silencio. En su mirada no hay expresión alguna, lo que te sobrecoge aún más, como si eso fuera algo inconcebible en el rostro de un bebé.

Un pensamiento delirante irrumpe entonces: él está aquí para recuperar su lugar. Para devolver las cosas a su correcto estado. O peor todavía, para cambiarse por ti. Ahora me toca a mí, me lo debes… O puede que no sea más que tu culpabilidad –la del superviviente– la que lo inventa todo.

Despiertas entumecido tras haber pasado varias horas hecho un ovillo. No entiendes cómo has sido capaz de dormirte, pero lo has

hecho. Revisas la cama, la habitación. Él ya no está.

En las noches sucesivas, vuelve a visitarte. Cada vez que aparece, esperas lo peor (has visto demasiadas películas de miedo). Sabes que no podrías defenderte. No te imaginas golpeando a un bebé, aunque esté muerto. Aunque tampoco imaginas qué podría hacerte alguien de ese tamaño. ¿Y por qué debería hacerte nada? Eres su hermano. Familia.

Pronto aprendes a controlar tu miedo. Una vez que aparece a los pies de tu cama, apagas la luz y simulas dormir. Aparentas no hacerle caso. Sabes que te observa en silencio, pero evitas cualquier reacción.

Te sorprende que no huela a nada, dado el estado de su cuerpo y de sus ropitas.

En algún momento de la noche, él se va y tú notas que tus músculos se desentumecen, estiras las piernas, respiras relajado. Y te duermes.

Has pensado telefonear a tus padres y contarles lo que te está ocurriendo. No lo haces. No quieres que te tomen por loco.

Nunca lo ves entrar, ni siquiera con la luz encendida. Está ahí cuando notas el peso de su cuerpecito irrumpiendo de pronto a los pies de tu cama. De repente, inicia su gateo y se detiene a pocos centímetros de tu cuerpo. Se sienta torpemente y se queda observándote, inmóvil y en silencio. Siempre el mismo ritual.

Como si esperara algo.

Empiezas a acostumbrarte a su presencia. Ya casi no te asusta, ni siquiera cuando lo ves caminar por la habitación. Desde hace un par de días ya no solo gatea sobre las mantas. Tras pasar un rato observándote, se baja de la cama y se pone a andar de forma desmañada. Se nota que todavía no ha conseguido coordinar sus movimientos. Tu madre te contó que tú habías aprendido a andar antes de cumplir el año; con tu hermano debió ocurrir lo mismo, pero no pudo terminar de desarrollar aquella habilidad. Cada dos o tres pasos, se cae de culo y enseguida vuelve a levantarse. No debería ser así, pero te resulta divertido observar su errático ir y venir de la cama a la silla, de la silla a la mesita de noche y vuelta a empezar. En alguna ocasión, cuando le cuesta levantarse, cuando se golpea con alguno de los muebles, estás tentado de ir a ayudarle. Pero no te mueves. Todavía no te atreves a tocar su cuerpo, que imaginas frío y correoso.

Cuando se cae o se golpea, su rostro sigue sin mostrar emoción alguna. Como un pequeño robot, se levanta y continúa impasible su marcha.

Mientras lo observas, te gustaría hablarle, pero algo te lo impide. ¿Y si te respondiera? Eso sería aún peor que tocarlo. Ni siquiera puedes imaginar qué voz podría surgir de ese cuerpo.

Hoy tu hermano no ha aparecido. Has pasado la noche en vela, aguardando inquieto a que, por fin, se manifestara. Las horas se te han hecho eternas. La expectación de la espera no ha tardado en dejar paso a la inquietud. ¿Y si no vuelve más? Temes lo que eso pueda significar.

Pasas el día impaciente. Para entretener la espera, has apartado todos los muebles, así tendrá más sitio para caminar y evitarás nuevos accidentes. Quieres que se sienta cómodo, protegido (de gemelo has ascendido a hermano mayor). Miras, alarmado, hacia los pies de la cama, pero ahí no hay más que vacío.

El amanecer te pilla despierto. Y solo.

Tu hermano sigue sin aparecer. Con la de hoy, ya son dos noches sin verlo. Lo echas de menos. Sabes que ese pensamiento no suena muy cuerdo. Pero es así. No puedes engañarte. Tu hermano muerto ha logrado animar tu monótona existencia. Incluso duermes mejor cuando él está ahí, observándote en la oscuridad, inmóvil en su lado de la cama. No solo te has acostumbrado a que perturbe tus noches; te gusta que lo haga. No tenerlo cerca te hace sentir infeliz. Abandonado. Es entonces cuando asumes lo que debes hacer.

No te cuesta demasiado saltar la tapia del cementerio.

Una vez dentro, agazapado en las sombras, con una pala en la mano, te sientes algo ridículo. Pero no hay otra opción.

Esta mañana has telefoneado a tu madre. Disimulando tu turbación, sin que sospeche nada, has logrado que te dijera el nombre del cementerio en el que reposa tu hermano. No querías alarmarla, ni, menos aún, revelarle tus intenciones. Esto es únicamente cosa tuya.

Nunca has estado antes allí, pero no te sorprende conocer el camino. No dudas ni una sola vez.

Después de zigzaguear entre tumbas, de atajar por extensiones de césped recién cortado, te detienes ante una lápida en la que no hay ningún nombre grabado, solo dos fechas, tan próximas en el tiempo que hace daño leerlas. Tu hermano te espera.

Comienzas a cavar. La tierra está blanda. No tardarás mucho. Cada uno de los golpes de la pala te acerca más a tu hermano. Bajo tus pies, una vibración sorda parece responder a tus paladas.

El minúsculo ataúd aparece enseguida. Lo abres. Te tranquiliza comprobar que su cadáver sigue ahí. Feliz de poder verlo de nuevo, te tumbas sobre la tierra húmeda a su lado, juntos por fin otra vez. Como siempre debió ser.

Zoltar Speaks

El tiempo se mide por la calidad de las sensaciones que contiene y no por la cantidad de ellas.

Algernon Blackwood, «Transferencia»

No habíamos tardado mucho en comprobar que a Nueva York no le gustan los niños. Estaciones de metro sin ascensor, camareros que nos miraban mal si nos veían entrar con el carrito, gentes que nos arrollaban por las aceras, museos infantiles con incongruentes y amenazadores carteles No strollers and food allowed…

Como ya estábamos hartos de pasar las tardes en Central Park y en los destartalados parques infantiles que teníamos cerca de casa, decidimos que sería buena idea dedicar aquel domingo a visitar las atracciones de Coney Island: allí, nuestro hijo podría campar a sus anchas sin estúpidas restricciones antiniños.

Debimos haberlo pensado mejor.

Y eso que fueron muchos los avisos que la realidad nos dio para que suspendiéramos nuestra excursión, pero no supimos advertirlos a tiempo: 1) el brillante sol con el que había empezado la mañana se esfumó justo en el mismo instante en que pisamos la calle; 2) aunque estábamos acostumbrados al errático, por no decir penoso, funcionamiento del metro, ese día el azar conspiró en nuestra contra y nos envió un disparatado cúmulo de percances: tres parones injustificados, una avería y el consiguiente trasbordo a otro tren, tras una intolerable espera de media hora, que duplicaron el trayecto desde nuestro apartamento en el norte de Queens; 3) ni siquiera con el cambio de tren pudimos librarnos de la compañía de tres parejas de italianos maduritos y gritones, que encima se pasaron todo el trayecto intentando, inútilmente, caer simpáticos a nuestro hijo; 4) como era de esperar, tras el prolongado encierro en aquel trasto, al niño se le puso un humor de perros y no paró de protestar hasta que llegamos a nuestro destino; y 5) por si eso fuera poco, al salir del metro comprobamos abrumados que las calles estaban atestadas de turistas.

Pese a lo que habíamos leído en nuestra guía y lo que el cine nos había enseñado, no esperábamos el esplendor cutre con el que Coney Island nos recibió ese día. Un paisaje decadente sumido en una nostalgia kitsch: atracciones oxidadas, carteles desteñidos, pinturas murales anunciando vetustos espectáculos de freaks, olor a fritanga y muchos abueletes hablando en ruso (no eran turistas, a juzgar por la cantidad de tiendas que exhibían sus letreros escritos en caracteres cirílicos).

Fuimos hasta el largo paseo de madera que bordea la playa y que tantas veces habíamos visto en películas y series de televisión.

Reconozco que me emocioné. Aunque antes de nada teníamos que calmar a nuestro hijo. Asumiendo nuestro irremediable papel de turistas (pese a llevar ya viviendo tres meses en la ciudad), nos dirigimos al célebre Nathan's en busca de los hot dogs que le habíamos prometido al pobre niño para animarlo durante el desastroso viaje en Metro.

No llevábamos ni un minuto sentados en un banco del paseo marítimo, cuando el niño se olvidó de su bocadillo y echó a correr gritando ¡Quiero ver el muñeco, quiero ver el muñeco!

Casi se tiró encima de la vitrina que encerraba un maniquí vestido con brillantes ropajes, barba negra y turbante, cuyas manos se apoyaban en una tópica bola de cristal. Su nombre aparecía escrito en grandes letras rojas: «Zoltar».

Lo reconocimos de inmediato. No nos habíamos dado cuenta de que estaba allí, arrinconado junto a un puesto ambulante de palomitas, hasta que el niño nos lo descubrió. Desde muy bebé posee esa envidiable habilidad: fijarse en cosas que a nosotros nos pasan desapercibidas.

Mientras él observaba embelesado el muñeco, le contamos quién era y para qué servía. Como era de esperar, nos pidió una moneda. Imposible resistirse a emular al protagonista de la película Big, aunque en nuestro caso no había que pedir un deseo, sino que la máquina –previo pago de un dólar– ofrecía una predicción sobre tu futuro.

El niño introdujo la moneda por la ranura. Mi mujer, riendo, me advirtió de que como este se convirtiera en Tom Hanks, me iba a enterar. La bola de cristal de Zoltar se iluminó, el muñeco movió sus manos y una tarjetita asomó por una ranura situada en el frontal de la vitrina, que recogió, entusiasmado.

En el anverso aparecía transcrita la predicción de Zoltar:

Cuando viajas, cambias tu cielo, no tu mente. Recuerda: unas buenas vacaciones son aquellas que pasamos entre gente cuyas nociones de tiempo son más vagas que las nuestras. Cuanto más juzguemos, menos amaremos. La paciencia y el pensamiento te

mostrarán el camino correcto. El tiempo no es siempre igual para todos.

El pobre niño no entendía por qué nos reíamos de aquel breve texto construido con obviedades y fórmulas deliberadamente imprecisas, como la vaga profecía de una galleta de la fortuna. A él solo le interesaba el dibujo del adivino. Aunque después de jugar unos instantes con la tarjetita, se desentendió de ella e insistió en que lo lleváramos ya al parque de atracciones, tal y como le habíamos prometido.

El infierno, que otros llaman Luna Park, nos acogió con los brazos abiertos.

Si uno lograba aislarse mentalmente de la masa, el parque era un lugar alucinante. Un amasijo de las típicas atracciones de feria que pueden verse durante la fiesta mayor de cualquier pueblo de España, reunidas en un caótico desorden: el carrusel, la casa del terror, las tazas giratorias, las sillitas voladoras, el estanque para pescar patitos, varias casetas de tiro al blanco… Y todo con el mismo aire retro, aunque después nos enteramos de que el parque fue inaugurado en 2010, sustituyendo a otro llamado Astroland, y de que el nombre lo tomaron de un parque mítico clausurado en los años 40.

Por una vez tuvimos suerte: dada la tierna edad de nuestro hijo, nos libramos de subir –como él pretendía– en la montaña rusa The Cyclone, cuya endeble estructura de madera producía escalofríos solo con verla. Saber que había sido construida en 1927, resultaba muy poco tranquilizador. Lo mismo ocurría con la noria Wonder Wheel, tan vieja como la montaña rusa.

Ello no impidió que el niño montara varias veces en los añosos caballos del carrusel y en otras atracciones infantiles cuyo apasionante objetivo era dar vueltas y más vueltas. Siempre con la misma excitación, condujo, y seguro que me dejo alguno, naves espaciales, camiones de bombero, tanques, carretas, ambulancias, motos, delfines, barcas (flotando en agua real: treinta escasos –pero seguros– centímetros de profundidad)… Y cada vez que su giro lo traía ante nuestros hastiados ojos, teníamos que responder a su saludo y sonreír. Para no parecer unos desconsiderados –y, todo hay que decirlo, encajar con el resto de padres y madres que nos rodeaban–, también le hacíamos fotos con el móvil.

Nuestro aburrimiento se combinaba con la angustia cuando el giro lo llevaba fuera de nuestro campo de visión. No era la primera vez que nuestro hijo se subía en un carrusel, pero seguíamos poniéndonos nerviosos. Más aún con la cantidad de gente allí reunida. Aunque era evidente que nadie (¿nadie?) podría secuestrarlo en plena marcha y a la vista de todo el mundo, en nuestras mentes ya habíamos escrito muchos y variados capítulos del Catálogo de horrores sufridos por

hijos que se pierden de vista como para permanecer tranquilos cuando desaparecía por unos instantes de la pantalla de nuestro radar.

Sometidos al entretenimiento del niño, las manecillas del reloj parecían atascarse y no avanzar. Y eso que no paraba quieto. Cuando terminaba de montar en una atracción, nos arrastraba de inmediato a otra. Y luego a otra más. Casi deseé que se mareara para poder sacarlo de allí sin protestas.

Después de una hora y media de sufrimiento giratorio, lo convencimos para hacer algo que gustase a papi y a mami. Le mentimos diciendo que después volveríamos otra vez a las atracciones. No es fácil ser padres. En la cara de mi mujer noté la misma culpabilidad que yo estaba sintiendo en ese instante. Un minuto más allí dentro y el arrepentimiento nos devoraría. Casi salimos corriendo de Luna Park.

Mientras nos alejábamos del parque de atracciones, el niño se soltó de mi mano y se detuvo delante de una pared atestada de carteles y anuncios. Entre aquel caos de imágenes, había localizado –con su olfato habitual– el delirante dibujo de unas hermanas siamesas unidas por la cintura que compartían un único juego de piernas y cuyos cuatro brazos eran tentáculos. La ilustración acompañaba el anuncio de la llegada a Coney Island del Teatro Grottesco justo el mismo día de nuestra excursión. «Las maravillas vivientes más extraordinarias. Lo que nunca vieron tus ojos ¡Cuatro únicos días!». Aquello tenía toda la pinta de ser un espectáculo de freaks. Que no apareciera en nuestra guía nos pareció muy buena señal.

Casi nos pasamos de largo. El teatro estaba en un pequeño callejón, alejado de las calles más bulliciosas. Otra buena señal. Ante la puerta no había más que una pareja esperando. Una vez en la cola, mi mujer expresó, evitando que el niño la escuchara, lo que yo también estaba pensando en ese mismo momento: que nos habíamos equivocado, que quizá no era muy buena idea llevarlo a ver un espectáculo como aquel, que podía aburrirse, protestar o, todo lo contrario, asustarse… Pero no cedimos al chantaje de la lógica. También nos animó que el tipo que vendía las entradas no hiciera comentario alguno por plantarnos allí con un niño pequeño. Mientras pagábamos, este lo observaba entusiasmado, pues iba vestido con unos ropajes tan exóticos como los que llevaba Zoltar, el adivino.

Empezó a sonar una extravagante melodía de aire circense, entre cuyas notas no me habría extrañado que se abriera paso la cazallosa voz de Tom Waits como maestro de ceremonias del espectáculo que enseguida íbamos a presenciar:

Ladies and gentlemen Harry's Harbor Bizarre is proud to present
Under the Big Top tonight
Human Oddities!...

Al otro lado del umbral –un arco con bombillas de colores–, nos esperaba una pequeña carpa que olía a desinfectante, con la lona intencionadamente rota (o así me lo pareció), bancos de madera bastante estropeados, en los que ya había unas pocas personas sentadas, y un minúsculo escenario casi a ras de suelo, sin más adornos que un telón de terciopelo rojo. La sala estaba decorada con restos de viejas atracciones de feria, caballos de carrusel en estado comatoso y muñecas antiguas sentaditas en repisas colgadas de la pared. Solo faltaban unos cuantos tarros con fetos mutantes para completar el cuadro siniestro. No sé quién estaba más fascinado, si el niño o yo. Mi mujer lo miraba todo con cierta indiferencia. De repente, se bajó de un salto del carrito para ver de cerca las muñecas. Tuvimos que agarrarlo antes de que sus manitas alcanzaran la que tenía más cerca.

Una voz irrumpió de pronto para anunciar que la función estaba a punto de empezar, que ocupáramos nuestros asientos y apagáramos los móviles, pues estaba prohibido tomar fotos o filmar a los artistas. A lo que añadió, para nuestra sorpresa, que guardáramos silencio y dejáramos los aplausos para el final.

La música calló y la luz se apagó. La oscuridad era total. El niño agarró con fuerza mi mano derecha (imagino que su otra manita tenía atrapada la izquierda de su madre). Tras un redoble de tambor, un foco iluminó el centro del pequeño escenario, ocupado por un tipo extremadamente alto y delgado, vestido con un caricaturesco traje de rayas y sombrero de copa a juego. Con una voz seca como el crujido de un papel, nos dio las gracias por asistir a la función y procedió a presentar el espectáculo (para que el niño no nos aturdiera con sus preguntas, se lo íbamos traduciendo todo): «Están a punto de contemplar verdaderos fenómenos de la naturaleza, engendros imposibles, monstruos de pesadilla –el tipo resultaba muy convincente; escuchándolo, uno casi creía que lo que iba a ver no eran actores disfrazados–. Por respeto a nuestros artistas, les rogamos que apaguen sus móviles y guarden sus cámaras, pero también se lo pedimos para que así puedan disfrutar con sus propios ojos de algo que les va a costar creer. Algunos de nuestros fenómenos les harán reír, otros les harán llorar, pero todos les harán pensar. Tómense su tiempo. Y recuerden: guarden silencio. Acompáñennos, pues, en este viaje a los límites de lo real…».

El foco se apagó de nuevo, para, instantes después, volverse a encender iluminando a un adolescente vestido solo con un bañador. En lugar de brazos lucía unas inesperadas aletas. Su piel tenía un brillo húmedo. La inconfundible voz del Hombre Alto solo pronunció cuatro palabras: «Sealo, el chico foca». No hacían falta más. El fenómeno permaneció quieto en medio del escenario durante unos

instantes, mirándonos fijamente. Moviéndose muy despacio, dio una vuelta sobre sí mismo, para que pudiéramos contemplar su asombrosa anatomía desde todos los lados. Era evidente –y lo mismo iba a ocurrir con el resto de sus compañeros– que no se trataba de un actor caracterizado de monstruo. Una vez completado el giro, se apagó la luz. Aquello no debió durar más de dos o tres minutos.

Cuando el foco volvió a iluminar el escenario, sobre él estaba –como enseguida anunció la voz del Hombre Alto– Jake Cara-de-Perro (su parecido con un bull-dog era realmente perturbador), cuyo número fue idéntico al desarrollado por Sealo, y así lo irían repitiendo el resto de fenómenos que le siguieron: Koo-Koo, la chica pájaro; Johnny Eck, el medio hombre (había nacido sin la parte inferior de su cuerpo y caminaba con las manos); Grace Milton, la mujer barbuda; Jim Malone, el esqueleto humano; Suzy Jackson, la chica con piel de elefante; Timmy, el niño con tres brazos…

Contemplar aquellos seres resultaba incómodo y chocante, pero era imposible dejar de hacerlo. Conforme se sucedían los prodigios, la experiencia se fue volviendo hipnótica. La sensación de irrealidad se veía intensificada por la oscuridad de la sala (rota, intermitentemente, cuando se encendía aquel foco cenital) y por el completo silencio. Se hacía extraño no escuchar música y, sobre todo, la ausencia de aplausos. Nadie se atrevía a hacer ruido alguno, ni siquiera nuestro hijo. Acostumbrados como estábamos a que comentara y preguntara sin cesar cuando lo llevábamos al cine o al teatro, la idea de tenerlo a mi lado sin decir una palabra añadía otro grado más de extrañeza a la ya de por sí delirante situación. Ni siquiera se movía. Sentadito en su asiento, contemplaba casi sin pestañear cada nuevo fenómeno. Intenté llamar la atención de mi mujer, hacerle un gesto de complicidad para que mirase a nuestro hijo, pero no se percató, absorta también ante lo que estaba ocurriendo sobre el escenario.

Cuando aparecieron las siamesas Iphy y Elly, como broche de oro del grotesco espectáculo, el niño por fin pareció despertar de su trance y apretó mi mano. Enseguida comprobamos que Iphy y Elly eran las reinas de la troupe: en lugar de quedarse quietas, recorrieron el escenario. Era fascinante ver moverse aquellas dos piernas sosteniendo, inverosímiles, dos torsos, dos cabezas y cuatro brazos. A nuestro hijo le defraudó un poco –nos contaría más tarde– que no tuvieran los tentáculos con los que las habían dibujado en el cartel. Desde el borde del escenario, empezaron a saludar y a lanzarnos besos.

Tras ellas, no hubo bises ni otros números. Las luces se encendieron y la voz del Hombre Alto irrumpió de nuevo, acompañada por la estrambótica melodía que había sonado al principio del espectáculo, para comunicarnos que ya podíamos

aplaudir y que debíamos dirigirnos cuanto antes hacia la salida. Ahí terminó todo. O casi. Porque el niño no quería levantarse de su asiento. Insistía en que quería seguir viendo monstruos. Tratamos de calmarlo y, sobre todo, de que entendiera –pedagogía de la diversidad– que allí no había ningún monstruo. Aunque esa, y no otra, fue la razón por la que habíamos entrado. Las protestas del niño llamaron la atención del Hombre Alto. Cuando, tras disculparnos, le explicamos lo que ocurría, el tipo empezó a reír y le dijo a nuestro hijo que tenía un gusto espléndido, pero que los monstruos –dijo guiñándole un ojo– tenían que descansar. A lo que añadió que podía volver a verlos cuando quisiera, mientras ponía tres entradas en la mano del niño, que las recibió encantado. El Hombre Alto nos confesó que la indicación del cartel acerca de los cuatro días no era más que un truco publicitario. Tras lanzar una áspera risotada, nos acompañó hasta la puerta.

Mientras nos alejábamos de allí, el niño empezó, para nuestra sorpresa, a quejarse de hambre. Con él no hacía falta reloj. Pero su cronómetro natural debía estar estropeado: estaba exigiendo su cena mucho antes de la inapelable hora habitual, las ocho.

–Pero si has merendado hace nada, justo al entrar en el teatro –le dijo mi mujer–. Si quieres te doy una galleta, pero todavía no es hora de cenar. Tendrás que esperar un ratito.

Consulté mi reloj y la esfera me mostró una hora incongruente. Alarmado, le pedí a mi mujer que sacase su móvil. Yo hice lo mismo. Nos miramos sin entender qué había ocurrido. Habíamos entrado poco después de las cinco de la tarde y ahora eran –nuestro hijo nunca fallaba– las ocho. Era imposible. El espectáculo no había podido durar más de una hora, dado el escaso tiempo que cada uno de los diez fenómenos había pasado sobre el escenario, a lo que debía añadirse el brevísimo lapso entre actuaciones. ¿Adónde habían ido a parar las otras dos horas que habíamos gastado allí dentro? Nuestra sorpresa inicial se convirtió en inquietud.

Ajeno a nuestra turbación, indiferente al tiempo y al espacio, el pobre niño empezó a protestar de forma cada vez más ruidosa, reclamando insistente su comida. Darle de cenar, volver a casa y acostarlo, eso era lo único que en ese momento importaba.

La realidad retomaba impasible su curso.

Espejismos

(Desde la puerta, el padre habla con el niño, que está tumbado en su camita)

–Hora de dormir, Alex.

–Papi, ¿puedes arroparme?

–Claro.

(El padre lo hace y le da un beso en la frente. El niño sonríe)

–Buenas noches, Alex. (El padre se dirige hacia la puerta)

–Te has olvidado de mirar debajo de la cama.

–Claro. Perdona, colega.

(El padre se arrodilla y mira debajo de la cama. Allí le espera un niño idéntico al que está tumbado sobre ella. Este le mira y le dice con una media sonrisa):

–Papi, hay alguien en mi cama.

(El padre se incorpora y mira con desconcierto al niño tumbado sobre la cama. Este le contempla en silencio)

(Fundido en negro)

Para celebrar Halloween, le he puesto a mi hijo un inquietante corto que corre por YouTube.

–¡Qué ingenuo! –dice David, desde sus maduros cinco años, sentado sobre mis rodillas.

–Sí, ¡qué ingenuo! –añade el David arrodillado en el suelo.

–¡Muuuyyy ingenuo! –esto lo dice, aún con más ironía, el David tumbado al otro extremo del sofá.

El resto de Davids, los cinco que faltaban por hablar, lo repiten a coro desde diversas zonas del salón: ¡Muuuuyyy ingenuooooo!

Yo los observo en silencio, seguro que con la misma cara que pone el padre del vídeo. David y sus siete clones me miran divertidos y vuelven a sumergirse en sus juegos. Algunos leen a solas, otros comparten actividades. Todavía me sorprende la pacífica concordia que existe entre ellos. Ocho niños –ocho niños iguales– son muchos compartiendo un mismo espacio, reclamando la escasa atención que podemos concederles un solo padre y una sola madre.

Mi mujer y yo seguimos sin saber cuál es el original. Todavía lo buscamos desde aquel día, tres años atrás, en el que los espejos de la casa se rompieron en el mismo instante, proyectando en la habitación en la que cada uno de ellos se encontraba un gemelo idéntico a nuestro hijo.

Abuelos, tíos y amigos han ido, poco a poco, acostumbrándose a la situación. Y no han dudado en echarnos una mano. Lo peor es la intendencia diaria, el colegio, las comidas, los baños, llevarlos al parque…

Confieso, y no me duele hacerlo, que más de una vez he soñado que nos librábamos de ellos, que volvíamos a ser aquel trío más o menos armonioso.

David me mira. Todos me miran.

–Papi, ven a jugar con nosotros…

FASE 3: PUPA

Ecos de familia

El juguete es la primera iniciación del niño en el arte, o más bien su primera realización y, llegada la madurez, las realizaciones perfeccionadas no darán a su espíritu el mismo entusiasmo ni la misma creencia.

Charles Baudelaire, «La moral del juguete»

El niño emerge de entre los arbustos con el triunfo reflejado en su cara. Se ha pasado un buen rato registrando minuciosamente sus ramas, rebuscando entre las hojas caídas, levantando y mirando debajo de todas las piedras.

Apresada entre los dedos índice y pulgar de su mano izquierda, una mantis religiosa agita sus patas. Ha cazado un buen ejemplar: diez centímetros, verde brillante, enormes garras delanteras. Aunque no parece tenerle miedo, mantiene el brazo extendido, como si quisiera alejarla de su cuerpo, mientras regresa a la zona del arenero donde ha dejado sus juguetes.

Se sienta en el suelo y aproxima el insecto a sus ojos para observarlo con más detalle. La mantis sigue luchando por soltarse de sus dedos. De vez en cuando, lanza veloz sus garras, que cortan el aire sin alcanzar su objetivo. Su inquietante cabeza triangular se mueve frenética de un lado a otro, casi completando giros imposibles. Hasta que, de pronto, se queda inmóvil y fija sus grandes ojos en su captor, como si también lo estuviera estudiando, como si esperara el momento adecuado para pillarlo desprevenido y conseguir, por fin, escapar.

El niño no quiere que el bicho descanse. Coge un palito y empieza a moverlo ante la mantis, que, de manera instintiva, dispara de nuevo sus espinosas garras para intentar apresarlo. O defenderse. Cuando lo atrapa, el niño sonríe, se lo arranca de un tirón y vuelve a azuzarla. El juego del palito dura varios minutos.

De pronto, el niño se incorpora como impulsado por un resorte. Algo ha debido ocurrírsele. Sin soltar al insecto, vacía el cubo que antes había llenado de arena para construir castillos, mete dentro la mantis y le da la vuelta. Sin perderlo de vista, abre su pequeña mochila y saca de ella un rollo de cordel, que deja junto al cubo.

Tras asegurarse de que la mantis no puede escapar, va de pino en pino, revisando uno por uno la superficie de sus troncos. Lo hace sin prisa, dando una vuelta completa a cada árbol antes de examinar el siguiente.

No tarda mucho en encontrar lo que busca.

El tronco del pino ante el que se ha detenido rebosa de hormigas: una amplia y ordenada columna lo recorre incansable desde la raíz hasta la copa. Una masa bullente de diligentes obreras y amenazadores soldados en busca de comida.

El niño regresa al arenero, saca la mantis del cubo, recoge el cordel y vuelve sobre sus pasos hasta el árbol elegido.

Con suma habilidad, esquivando las armas de la mantis, pasa el cordel en torno a su delgado tórax y lo anuda apretando lo justo para evitar que se suelte. El insecto se agita inquieto colgado del centro del cordel, cuyos extremos sostiene divertido el niño, como si se tratase de un marionetista a punto de empezar su función. Rodea el tronco con el cordel, cuidando, tras hacerle un nudo, de que la mantis quede colocada justo encima de la columna de atareadas hormigas.

Su reacción es inmediata. En pocos segundos un buen número de ellas trepa por el cuerpo de la mantis, que se sacude espasmódicamente despedazando cuantas puede alcanzar con sus afiladas garras. Resulta fascinante ver la velocidad y destreza con las que las maneja. Aunque es evidente que no le va a servir de mucho, pues cada vez son más las hormigas que recorren y muerden su cuerpo.

El niño contempla impasible la batalla. Aunque en un par de ocasiones interviene para aplastar unas cuantas hormigas o apartar otras de encima de la mantis. Parece que quisiera ayudarla. O simplemente es otra forma de prolongar la contienda: en ningún momento decide desatarla y permitir que escape de su suplicio.

Los movimientos de la mantis se van haciendo cada vez más lentos y torpes, aunque sigue causando bajas entre sus enemigas. Claro que eso no afecta a su número, que se incrementa de forma incesante. Y cada vez están más excitadas.

La mantis empieza a mostrar los efectos del desigual combate: le han arrancado varias patas, algunas zonas del abdomen están a medio devorar, ha perdido uno de sus ojos. Extenuada, hace unos instantes que ha dejado de luchar. Su final se acerca. Una columna de hormigas empieza a descender el tronco, transportando los minúsculos pedazos arrancados del cuerpo de la mantis. Una de ellas carga, inverosímil, con una de las largas patas traseras del insecto.

De pronto, la cuerda deja de sujetarla y la mantis cae al suelo cubierta de hormigas. No tardarán en terminar de despedazarla. El niño toca su cuerpo con el palito. El insecto no responde.

Parapetado tras uno de los pinos, me mantengo en un incómodo silencio, espiando sus movimientos. Sé que debería haber intervenido, ofrecerle alguna juiciosa lección sobre el maltrato animal, o incluso regañarle. Pero bastante he tenido con refrenar mis ganas de unirme al juego, de proponerle algún otro experimento como los muchos que yo hacía de niño con las lagartijas, ranas o escarabajos que conseguía atrapar.

Lo llamo y le digo que recoja sus juguetes, que ya es hora de ir a hacer la comida, que mamá está a punto de llegar.

Cogidos de la mano, salimos del parque rumbo a casa.
Han tardado muy poco en comérsela, ¿verdad, papi?
Sí, muy poco, respondo acelerando el paso.

Ancestros

Hay focos de espacio y tiempo conectados entre sí, focos entre los que podemos viajar los denominados vivos y los denominados muertos y de ese modo encontrarnos.

Enrique Vila-Matas, Dublinesca

Cruzar con mi hijo la puerta de la vieja casa familiar me produce una extraña emoción. La primera vez que estuve aquí, en agosto de 1970, tenía la misma edad que ahora tiene él: cinco años. Aún vivían en ella los bisabuelos y mi tía abuela Maruxa. Al año siguiente, la casa quedó cerrada: la bisabuela había muerto y Maruxa se mudó con su hija, recién casada, y se llevó con ella a su padre, que por entonces ya se había quedado ciego. Nadie volvió a habitarla, aunque nos dejaron usarla un par de veces para pasar en ella las vacaciones de verano. Debió de ser a mediados de los 70, aquel tiempo sin autopistas ni autovías, cuando tardábamos casi dos días en recorrer los 1200 kilómetros que separaban Barcelona del pueblo de mi madre. Un viaje en el que solo importaba el mapa y no el territorio, en el que no se hacía turismo, porque lo único importante era llegar cuanto antes a nuestro destino.

La casa ya no es la misma. La última vez que la vi estaba muy deteriorada, con los cristales rotos, desconchones en las paredes y el balcón desfondado. Qué diferente verla ahora pintada de ese elegante color ocre, con las ventanas en blanco, rodeadas por un bonito marco granate, y varias macetas con hortensias adornando el balcón. Antes de que la prima de mi madre se la alquile a algún turista, le he pedido que nos deje visitarla. Así le enseño a mi hijo la casa en la que nació su yaya.

El niño no suelta mi mano. O quizás es al revés. Ante nosotros se abre un amplio salón-comedor en el que ya han colocado algunos muebles: un sofá de tres plazas, una vieja mecedora, una mesa con cuatro sillas y una alacena. De las paredes cuelgan un par de reproducciones de mapas antiguos de Galicia, idénticos a los que tenían mis padres en su piso de Barcelona (uno francés del siglo xvii y otro del xviii en el que se ven las siete provincias gallegas originales) y un grabado que representa a un arponero a punto de arrojar su arma sobre una ballena. Mi hijo no puede reprimir un «¡Mira papi: Moby Dick!». Al fondo del salón está la cocina. Bajo la escalera que lleva al piso superior hay una puerta. Debe tratarse de un baño o de un trastero.

La emoción que he experimentado al cruzar el umbral empieza a diluirse: no hay nada conocido en ese espacio, todo es nuevo, diferente.

De pronto, mientras observo la escalera, un inesperado recuerdo aflora en mi mente. Una imagen inverosímil que hacía mucho tiempo que no me visitaba. Entonces comienzo a contarle lo que yo vi aquella primera vez que, como él, entré en la casa. Estoy seguro de que le va a encantar.

–Cuando mis bisabuelos (tus tatarabuelos) vivían en esta casa, la compartían con un cerdo, varias gallinas y una cabra. Sí, las tenían dentro de la casa. Ahora lo entenderás. En aquella época la vida se hacía en el piso de arriba, porque la planta baja estaba destinada a los animales. Salvo un cuartito que había ahí junto a esa ventana, donde mi tía abuela se encerraba para coser, el resto del espacio –separados por una pared, claro– lo ocupaban los corralitos de los animales y el estercolero. Sí, para el estiércol. Y, esto te va a gustar, ahí no solo echaban la basura (No, no había contenedores en la calle para recogerla) y los excrementos de los animales, sino también los de los humanos (Sí, la caca), que caía desde el wáter que estaba en el piso de arriba. Tu yaya me contó que no olía mal, así que no pongas esa cara de asco… aunque un poco de asco sí da, la verdad. Mi bisabuelo traía arena de la playa, algas y ramas frescas de toxo (Sí, con lo que los celtas hacían sus arcos), que mezclaba con los excrementos. Eso disimulaba los malos olores. Cada varios días lo recogían y se lo llevaban para echarlo en el campo. Estiércol de primera, le digo sonriendo.

Mientras termino de contarle esa historia, subimos a la planta superior. Camina a mi lado todavía sin soltarme la mano. A punto de entrar en el pasillo en el que desemboca la escalera, percibo algo extraño en el ambiente, como si el aire se hubiera estancado. Una leve sensación de vértigo me hace agarrarme al pasamanos. De pronto, en el umbral de la primera habitación que se abre ante nosotros, siento frío en las piernas. Bajo la cabeza y miro, sorprendido, las delgadas piernecillas que asoman de mis pantalones cortos, los zapatos embarrados… Frío y miedo se enlazan en una única sensación.

–¡Daviziño –la voz de mi madre, la misma que se apagó hace tres años, irrumpe imposible en mis oídos–, acércate hombre, que la bisabuela no te va a comer! Este niño... En casa siempre hace igual: cuando llegan visitas, va corriendo a esconderse debajo de nuestra cama.

No quiero entrar en la habitación. La escasa luz me deja ver una cama sobre la que reposa una anciana. A juzgar por el poco espacio que ocupa, debe ser una mujer muy pequeña. Junto a la cabecera, sentado en una silla, hay un hombre también muy viejo. A un lado y otro de la cama, de pie, están mis padres y los primos. Los reconozco enseguida pese a su imposible juventud. Inmóviles, como si fuera una fotografía, observan a la mujer.

De repente, la imagen se pone en movimiento: mi madre me coge de la mano –no puedo reprimir un escalofrío– y me obliga a acercarme a la cama para que le dé un beso a la bisabuela. Las manos huesudas y frías de la anciana me tocan la cabeza en un gesto que pretende ser cariñoso. Con gran esfuerzo, se incorpora y acerca su cara a la mía. Dejo que sea ella la que me bese. Sus labios rozan apenas mis mejillas, sin fuerza. Huele a desván viejo. Me da miedo. Al otro lado de la cama, el anciano gira su rostro hacia mí, mirándome sin ver con sus ojos lechosos. «Neno, achégate. Non me dirás que tes medo», dice con voz cazallosa, mientras palpa el vacío con sus manos arrugadas. No quiero que me toque. Me siento fatal por pensar eso, pero no puedo imaginar sus viejas manos agarrándome y acercándome a sus ojos sin vida. Tengo ganas de llorar. Mi padre me mira con gesto de enfado. «Ya está bien de tonterías, que ya no eres un bebé». En ese mismo instante, el anciano se levanta de su silla y, palpando el borde de la cama para orientarse, la rodea y viene hacia mí. Toda la escena parece desarrollarse a cámara lenta. Agarro con fuerza la mano de mi madre. Tiro de ella para escapar de allí, para que salga conmigo de la habitación.

«¡Papi, me haces daño!». La voz de mi hijo me devuelve al presente, mientras lucha por liberar su mano. Desde el umbral, todavía sin atreverme a cruzarlo, compruebo que la habitación está vacía, a excepción del armazón de hierro de una vieja cama. ¿La misma en la que la vi por primera y última vez a mi bisabuela? Sin colchón ni ropa que la cubra, como un viejo esqueleto abandonado, me provoca una irreprimible sensación de soledad. Mejor volver a la planta baja, donde todo es nuevo. Un espacio aséptico y por estrenar.

Mientras descendemos la escalera, mi hijo me coge otra vez de la mano.

–¡Papi, papi! Cuéntame otra vez lo del cerdo, por favor. ¿De verdad mis tatarabuelos vivían con un cerdo en casa y hacían caca por un agujero y la caca caía en el corral?

Terrores nocturnos

Lo cierto es que a los hijos no se les puede proteger, aunque uno necesite creer que sí es posible.

Martin Amis, Desde dentro

Hay algo que no puedes ver. Algo que ríe. Algo que está esperando.

G. G. Pendarves, «La risa»

Hace unas semanas, mientras recogía todo lo que el niño había dejado, como siempre, desparramado por el suelo de su habitación tras una de sus frenéticas jornadas de juego, me topé con una hoja en la que aparecía dibujado un siniestro monstruo saliendo de una cueva. La imagen era fascinante, y no es orgullo de padre: con solo seis años había sabido captar muy bien el movimiento de la bestia, a medio camino entre un demonio y un dragón.

En los días sucesivos he vuelto a encontrar más retratos del monstruo, dibujado cada vez con mayor precisión y detalle. Mi mujer y yo estamos muy acostumbrados a las variadas obsesiones en las que nuestro hijo se sumerge de forma periódica: dinosaurios, cartas de Pokémon (llegó a diseñar las suyas propias), reptiles, gladiadores, modelar barro, perros, Atila y los hunos, barcos antiguos (es capaz de distinguir, sin margen de error, entre carabelas, galeones, carracas, bergantines, goletas y un montón de variantes más), mitología nórdica, insectos… Pero hay algo en esa insistencia por dibujar el mismo monstruo que ha empezado a preocuparme. Y no por el creciente detallismo, sino, sobre todo, por el cambio de escenario: ha sustituido los fondos naturales donde situaba al monstruo en los primeros dibujos por su propia habitación.

Como no me parece muy normal, decido contárselo a mi mujer.

Su reacción es la que esperaba: Llevo mucho tiempo diciéndotelo, que es demasiado pequeño para la mayoría de las películas que ves con él, que te esperes un poco a contarle según qué historias, que no le dejes hojear tus libros… ¿Te extraña que dibuje monstruos y los meta en su habitación? Seguro que el pobre hasta tiene pesadillas. Aunque es raro que no haya venido a contárnoslo, él que siempre lo comparte todo.

No se equivoca. Resulta difícil reprimirse y no compartir con mi hijo mi pasión por lo terrorífico y monstruoso. Escribo cuentos fantásticos, investigo y doy clase sobre ello. Desde que nació ha vivido rodeado de libros, figuritas, grabados y películas que tratan sobre esos asuntos. Y, lo reconozco, me llena de orgullo (infantil, vale, pero orgullo) que desde muy pequeñito sepa quién es Cthulhu, que pueda reconocer la cara de Edgar Allan Poe, que se ponga a hablar largo y tendido de Godzilla y sus enemigos o de las posibles formas para

matar a un vampiro o a un zombi. Aunque, pensándolo bien, a lo mejor sí que me pasé un poco cuando dejé que el pobre niño viera, sin haber cumplido aún los tres años, El Señor de los Anillos o La princesa Mononoke… Tampoco se ha quejado nunca –todo lo contrario, pues me lo pide él– de que cada noche, justo antes de dormir, leamos unos capítulos de alguna de las estupendas novelas de R. L. Stine, a quien ha convertido en uno de sus ídolos.

Mi mujer sigue hablando. No me gusta usar el ya-te-lo-dije, pero era evidente que algo así iba a pasar. Ya verás cómo lo solucionas: de esto te encargas tú, que yo mañana salgo de viaje. Habla con él. De monstruo a monstruo.

Aunque sobraba la ironía, tiene toda la razón.

Al día siguiente, ya a solas, hablo con mi hijo. Tratando de disimular mi preocupación, le digo lo mucho que me han gustado sus dibujos.

Sí, los del dragón, ¿o es un demonio?

No, papi, me corrige. Eso que he dibujado es el Chupacabras. Bueno, así es como yo me lo veo en mis sueños.

Tras un breve silencio, me cuenta la pesadilla que ha tenido durante varias noches seguidas. Estoy a punto de interrumpirle, pero prefiero escuchar su relato.

El sueño más o menos empieza que voy caminando por el campo con dos amigos que son dos hadas, un chico y una chica. Él es azul y ella rosa. Lo siento, así es como salen en mi sueño. Entonces, ella saca un mapa y me enseña dónde está el nido del Chupacabras. Aunque tengo un poquito de miedo, le digo que yo también quiero un mapa como ese y me voy corriendo a una tienda para comprarlo. En la puerta hay dos señoras haciendo cola y me dicen que me espere, que primero van ellas. Cuando ya me toca, entro y cojo el mapa de una estantería. Entonces me doy la vuelta y las dos señoras ahora son dos esqueletos. Lo peor es que al final de la tienda hay una sombra que tiene los ojos rojos y que me está mirando. Eso sí me da miedo de verdad. Aunque no puedo verlo muy bien pues está como borroso, sé que es el Chupacabras. Entonces, se echa a reír y yo me despierto. Pero no abro los ojos. Me quedo quieto y me espero a ver si me duermo otra vez. Por eso desde ese día, aunque tú no me ves, cierro los ojos con fuerza cuando apagas la luz para contarme La isla del tesoro.

Nuestra rutina nocturna siempre termina así: después de que le lea un rato a Stine (o lo que toque en ese momento, que no siempre son historias inquietantes, porque también leemos a Verne, las novelas infantiles de Roald Dahl o los relatos de los Grimm), apagamos la luz y le cuento La isla del tesoro, de la que no suele escuchar más de diez minutos antes de caer dormido. A la noche siguiente, volvemos a

retomar desde el principio la historia de Jim Hawkins. Y así llevamos ya dos años.

Tras escuchar el relato de su pesadilla –no parece tan alarmante como esperaba–, le digo que no se preocupe, que todos tenemos pesadillas. Y que no son más que eso: sueños. Lo que ves ahí no son cosas reales. El Chupacabras no existe, ni tampoco –y lo sabes– el Yeti, Godzilla, los zombis, los vampiros… Pero, ¿por qué no nos lo contaste? Lo mejor para las pesadillas –le miento– es contarlas, así dejan de dar miedo.

Por la cara que pone, no sé si se acaba de creerme, pero responde que sí, que si le pasa otra vez nos lo dirá. Venga, le digo para animarlo, vamos a ver una peli mientras cenamos. Pero hoy nada de monstruos malvados, ¿vale? ¿Qué te parece si vemos otra vez Charlie y la fábrica de chocolate?

Tras la cena y la ducha, lo meto en cama y le leo –continuando con la desintoxicación monstruosa– unas páginas de Veinte mil leguas de viaje submarino.

Apago la luz. Estoy tentado de preguntarle si tiene los ojos bien cerrados, pero no le digo nada. No quiero alimentar el miedo que el pobre debe estar sintiendo. Empiezo a contarle, una vez más, La isla del tesoro. Se duerme justo en el instante en el que Billy Bones se enfrenta con el miserable Black Dog.

Papi, ¿duermes?... La voz del niño me sobresalta. Doy otro respingo cuando, tras encender la luz, me lo encuentro de pie justo al lado de la cama.

Ya no… ¿Qué ocurre?

Tengo miedo. ¿Puedo dormir contigo?

Otro día le hubiera mandado de nuevo a su cama, pero con el Chupacabras sobrevolando sus sueños, prefiero evitarle un mal rato. Además, sin mi mujer hay más sitio en la cama.

Venga, métete rápido, le digo mientras apago la lamparita.

Lo noto nervioso, inquieto.

¿Qué te pasa? ¿Has tenido otra pesadilla?

Con la voz un poco temblorosa me cuenta que ha vuelto a soñar con el Chupacabras. Y añade algo nuevo:

Cuando me he despertado, he oído ruidos en el techo de mi habitación. Como pisadas. Algo merodeando con pezuñas.

Nunca dejan de sorprenderme sus habilidades retóricas. Ni siquiera cuando está asustado.

Para calmarle le digo que debe tratarse de algún gato caminando sobre las tejas.

Pero es que también he escuchado otra cosa, papi. Risas.

Eso habrá sido en la calle. Algún vecino. Ya sabes que tenemos algunos que son muy ruidosos.

No, papi, es que sonaban justo encima de mi habitación. Eran las mismas risas que oía en mi sueño. La risa del Chupacabras. A lo mejor es que viene a por mí.

Eso sí me preocupa. Trato de hacerle entender –de nuevo– que el Chupacabras no existe, que no puede venir a por él. Se lo digo calmado, pero sin condescendencia: pese a su edad, se daría cuenta y sé muy bien que no lo soporta. Tampoco pongo ese tono dulce y cretino que muchos usan para hablar con niños, pensando que así estos les entenderán mejor. Pero tampoco quiero seguirle la corriente sin más.

Después de una noche casi en vela por mi parte, mi hijo despierta y me dice, feliz, que no ha tenido pesadillas. Y que en mi habitación no ha escuchado las pisadas del Chupacabras.

No tarda en lanzar la pregunta que ya me esperaba: ¿Puedo dormir contigo mientras mami está de viaje? Estoy tentado de decirle egoístamente que no, pero accedo a que se instale en nuestra cama. Pero solo hasta que llegue mamá, ¿eh? Después vuelves a tu habitación, que ya eres muy mayor para estas cosas.

Las cuatro noches que me quedan van a ser muy largas.

Mientras está en el colegio, ordeno un poco su habitación. Entre los muchos papeles que siempre abarrotan su mesa, encuentro un nuevo dibujo del Chupacabras. Lo que veo me sorprende y me alarma. Sobre todo, porque pensaba que tras dos noches durmiendo conmigo, sin pesadillas y sin hablar de ello, la situación se había calmado.

Esta vez el dibujo es mucho más estilizado y esquemático que los anteriores; el trazo es rápido, frenético, como si quisiera acabarlo pronto.

La figura del Chupacabras se ha vuelto aún más sombría, pero la diferencia esencial está en el espacio donde sitúa al monstruo. O, mejor, en la falta de él. Si en los dibujos anteriores había creado escenas muy realistas, representando con detalle la cueva de la que salía el monstruo, la ladera de la montaña por la que avanzaba, las plantas y árboles del campo, la ciudad vista desde el aire y el interior de su habitación, en el nuevo, el Chupacabras aparece sobre un fondo blanco. Nada despista la atención del receptor. El monstruo es lo único que importa.

Al fijarme en su figura, me doy cuenta de que ha dejado de ser reptiliana. Salvo las alas y los cuernos, ya no parece un dragón. Mi hijo ha acentuado la hibridez de la imagen dotándole de brazos y piernas humanos y quitándole las escamas que antes cubrían su

cuerpo, convertido ahora en un alargado borrón negro.

Su rostro también ha sufrido una alteración, pues ahora tiene un aspecto más grotesco, incluso abyecto, aunque tal vez estoy exagerando. Sea como sea, no hay duda de que la imagen refleja las perversas intenciones de la bestia, su ferocidad. Por su posición, parece perseguir a alguien. O estar abalanzándose sobre su presa. Resulta perturbadora. Aún más tratándose de un dibujo realizado por un niño de seis años.

Sin poderlo remediar, me invade un extraño presentimiento. La sutil intuición de una amenaza desconocida, que mi sentido común rápidamente rechaza.

No sé qué puedo decirle. Aunque quizá sea mejor callar y esperar a que sus terrores nocturnos se vayan diluyendo. Ayudarle a que se olvide de ellos. Hasta que los desplacen otros nuevos. El mundo es un lugar hostil.

Al volver del parque, le digo que me ayude a preparar una pizza. Escoge tú los ingredientes, venga. Yo me encargo de la peli. Vamos a montar una fiesta para los dos. Sigo con mi plan tranquilizante.

Hoy no ha tardado nada en dormirse. Ni siquiera le ha dado tiempo a escuchar el principio de La isla del tesoro.

Voy a su habitación y cojo la carpeta en la que he ido escondiendo los dibujos del Chupacabras. Mi idea de apartarlos de su vista no ha servido para mucho. Voy pasando las páginas, revisando uno por uno los retratos del monstruo. Vistos así, da la sensación de que cuentan una historia. Me sorprende mi reacción. Mi absurdo deseo de dar sentido a lo que no lo tiene. No son más que dibujos, tal vez inesperados en un niño de su edad. Imágenes de una obsesión a la que no daría ningún valor si se tratase de un adulto.

Los guardo de nuevo en la carpeta y regreso a mi habitación. Aunque es pronto, me acuesto; yo también estoy cansado, después de dos noches compartiendo cama con mi hijo. Me tumbo lo más alejado que puedo de él. Su pausada respiración no tarda en adormecerme.

Un ruido me despierta de un sueño intranquilo. Enciendo la lamparita. El niño sigue dormido. No ha sido él, de eso estoy seguro. Ha sonado cerca. Débil, pero perfectamente audible. Sé que no lo he soñado. Aguzo el oído.

El ruido irrumpe de nuevo en la habitación. Ahora puedo escucharlo con claridad. Viene de encima de mi cabeza. Como si alguien o algo arañara el techo. Pero no. El sonido es más rítmico y acompasado. Y dura pocos segundos. Un silencio y vuelve a empezar.

Ruido de pisadas. Inconfundible y absurdo. Como las risas que ahora lo acompañan. Me agarro a mi hijo, que no se despierta, y cierro con fuerza los ojos. Sé que no está ocurriendo, que no escucho esas pisadas, que la risa no está ahí. Tan cerca de la cama.

El día de la marmota

¿Qué haríais vosotros si estuvierais atrapados en un lugar y cada día fuera el mismo y nada de lo que hicierais importase?
Phil Connors (Bill Murray) en Groundhog Day

[…]

Martes, 7:00 a.m.

Desde su habitación, mi hijo me habla, dando por sentado que siempre estoy despierto.

–Papi, ¿qué hora es?

–Las 7. Aún es pronto para levantarse. Duerme.

–No, me levanto.

Veinte minutos, todavía quedan veinte minutos para que suene el despertador. Mi mujer duerme a mi lado, ajena a todo, feliz en su inconsciencia. Desvelado, espero en silencio la hora de levantarme.

Nota mental: Comprarle un reloj al niño.

Miércoles, 7:00 a.m.

Desde su habitación, mi hijo me habla, dando por sentado que siempre estoy despierto.

–Papi, ¿qué hora es?

–Las 7. Aún es pronto para levantarse. Duerme.

–No, me levanto.

Veinte minutos, todavía quedan veinte minutos para que suene el despertador. Mi mujer sigue durmiendo tranquila, feliz en su inconsciencia. Incluso se permite unos leves ronquidos. Le doy un delicado codazo. Ni por esas. Desvelado, espero en silencio la hora de levantarme.

Nota mental: De hoy no pasa. Tengo que comprarle el maldito reloj al niño.

Jueves, 7:00 a.m.

Desde su habitación, mi hijo me habla, dando por sentado que siempre estoy despierto.

–Papi, ya son las 7. Me levanto, ¿vale?

–Aún es pronto. Duerme –le digo, arrepentido de haberle comprado el reloj.

–No, me levanto.

–Es pronto…

Mi mujer se cuela en la conversación

–Si quiere levantarse que se levante… –A nuestro hijo–. Ponte una chaqueta.

No ha acabado de decirlo y ya ha vuelto a refugiarse en la inconsciencia. Tras contemplarla con envidia unos segundos, regreso a mi rincón de la cama y espero, inquieto, a que suene la innecesaria

alarma del despertador.

Viernes, 7:00 a.m.

Desde su habitación, mi hijo me habla, dando por sentado que siempre estoy despierto.

–Papi, ya son las 7. Me levanto, ¿vale?

–Aún es pronto. Duerme.

–No, me levanto…

–Es pronto…

Mi mujer vuelve a colarse en nuestra conversación.

–Si quiere levantarse que se levante… –A nuestro hijo–. Coge una chaqueta y no hagas tanto ruido, que molestas a tu padre.

No ha acabado de decirlo y ya está completamente dormida. Creo que ha batido su propio récord. La empujo con el pie, pero ni se inmuta. Refugiado en mi rincón, espero, una vez más, a que suene la inútil alarma del despertador.

Sábado, 7:00 a.m.

Desde su habitación, mi hijo me habla, dando por sentado que siempre estoy despierto.

–Papi, ya son las 7. Me levanto, ¿vale?

–Es sábado. Sábado –Trato de no gritar–. Hoy no hay cole. Duérmete. Aprovecha.

–No, me levanto.

Ni los sábados respeta. Le doy una patadita a mi mujer. Se gira y sigue durmiendo, ajena a mi batalla. Desvelado un día más, me levanto a hacer el desayuno.

Domingo, 7:00 a.m.

Agazapado en la oscuridad, de rodillas junto a la cama de mi hijo, le digo al oído:

–¿Duermes?

–Ummmm… ¿Papi? ¿Qué hora es? –pregunta con voz somnolienta.

–Las 7, hijo, las 7. Como siempre.

Y me vuelvo a la cama. Mi mujer me pregunta, más dormida que despierta, por qué me muevo tanto. «El niño, que hablaba en sueños», le miento mientras me estiro todo lo largo que soy, satisfecho de mi victoria.

Lunes, 7:00 a.m.

Desde su habitación, mi hijo me habla, dando por sentado que siempre estoy despierto.

–Papi, ya son las 7. Me levanto, ¿vale?

–Aún es pronto para levantarse. Duerme.

–No, me levanto.

[…]

–Alexa, dame datos sobre el calamar colosal.

–…

–Alexa, ¿cuántas especies de mantis existen?

–…

–Alexa, ¿cuál es tu animal favorito?

–…

–Alexa, ¿estás viva?

…

Si no fuera un estúpido robot, casi me daría pena escuchar cómo mi hijo tortura implacable a la pobre Alexa con su ansia de conocimiento. Al menos nos hemos librado de escuchar las respuestas que le da el cacharro: tras dura batalla, hemos conseguido que nuestro hijo se ponga los auriculares cada vez que la usa. De paso, descansamos de ciertas cancioncitas que suele visitar una y otra vez; no sé si es cosa mía, pero siempre que las pone en su cara se dibuja una perversa sonrisa. Aunque no le dejamos que use los auriculares durante mucho tiempo seguido. No es bueno para tus oídos, le insistimos. Somos controladores, pero también sufrimos por la salud de nuestro hijo.

Alexa fue un regalo de navidad para mí. Y duró en mis manos el mismo tiempo que he tardado en decir esa frase, porque el niño no solo se adueñó de ella desde el minuto cero, sino que ha acabado instalada en su habitación. Cuando me quedo solo en casa, retomo el control perdido –ese que nunca tuve– y escucho a mis anchas mis canciones favoritas. Una y otra vez.

***

–Alexa, ¿por qué morimos?

–…

–Alexa, ¿tú puedes morir?

–…

–Alexa, ¿el cáncer se contagia?

–…

–Alexa, ¿sabes que mi yaya murió de cáncer?

–…

Desde que mi madre falleció cuando él tenía dos años, hemos hablado muchas veces sobre su enfermedad. Preferimos no mentirle ni contarle una versión edulcorada, ni tampoco esquivar sus múltiples preguntas acerca de la muerte, acerca de su propia muerte. Siempre hemos tenido muy claro que debíamos ser sinceros con él, que no servía de nada maquillar la maldita realidad a un niño que desde muy pronto empezó a dar muestras de su madurez e ingenio: con solo

cuatro añitos dedujo por sí mismo que Papá Noël y los Reyes Magos éramos los padres, dato que enseguida decidió compartir con propios y extraños. Tras estropear las navidades de sus primas y de varios amigos del colegio, lo que generó un alud de quejas en el chat de padres y madres, logramos convencerlo de que se guardara para él ese tipo de razonamientos. Algo parecido ocurrió cuando se empeñó en proclamar a los cuatro vientos que Dios no existe, incomodando a algunos de sus compañeros (lo que tampoco justifica las crueles amenazas que vertieron sobre él –«Si no crees en Dios, te morirás»–, que el pobre niño acogió con auténtico disgusto). A nosotros nos encanta que sea así, pero hemos tenido que bregar mucho con él para que acepte que debe respetar las creencias de los otros por mucho que no las entienda, que vivir en sociedad obliga a esas cosas.

***

Acaba de aparecer en el comedor. Por su cara se ve que algo le reconcome. Dejo el libro y le pregunto qué le pasa.

–No es justo –me responde, continuando en voz alta un hilo de pensamiento, olvidando que su auditorio no tiene ni idea de lo que está hablando.

–¿Qué es lo que no es justo?

–Que la yaya se muriera, que exista el cáncer.

–No, no lo es –le respondo.

–Es que no es justo –insiste.

A punto de entrar, como otras muchas veces, en un bucle del que va a ser difícil escapar, le digo que tiene toda la razón, que la vida es así, pero que al menos pudo conocer a su yaya, que ella lo quería mucho. Trato de sacarlo del camino por el que se ha metido –por el que me está metiendo–, porque yo también estoy empezando a angustiarme.

–¡Alexa! –grita de repente–, reproduce la canción «Master of Puppets» de Metallica –Al menos, esta vez pone algo bueno. Terminada su petición, vuelve a refugiarse en su cuarto.

Así es él. Puede discutir durante horas dando vueltas sobre una misma idea (eso lo ha heredado de mí) o saltar de una cosa a otra sin esfuerzo, sobre todo si su curiosidad no es satisfecha o bien si siente que le agobiamos con nuestra actitud siempre dialogante.

***

Vuelve a estar encerrado con su amiga. No quiero espiarlo, pero las puertas y paredes de nuestro piso no son el mejor aliado para la intimidad. Las frases de nuestro hijo van salpicadas de risas. No sé si inquietarme, pero la relación con Alexa no me parece muy normal. Le he insistido una y otra vez –poniéndome irritantemente distópico– que no es más que una máquina cuyas respuestas están programadas de antemano («¡No es verdad, Alexa aprende cada día!», se defiende

enfadado), que no es más que una Wikipedia parlante que nos espía para descubrir y comunicar a sus verdaderos dueños nuestros gustos e intereses. A él eso le da igual. Ha convertido a Alexa en su compañera de juegos y, por lo que estoy escuchando, en su confidente. Esto es nuevo.

–Hoy en el cole hemos atrapado dos lagartijas y una mantis y hemos inundado un hormiguero –dice como si hablara con uno de sus amigos.

–…

No puedo ocultarlo: mi orgullo de padre se siente herido al oír cómo se lo cuenta a ese artilugio antes que a mí. Lástima no poder escuchar las respuestas de mi rival: él, siempre obediente, lleva puestos los auriculares.

–No, a las lagartijas y a la mantis no les hemos hecho nada, no te preocupes.

–…

–Jajaja. Sí, papi ya me ha contado que él mató muchos insectos y lagartijas cuando era niño.

–…

–Bueno, papi dice que era para experimentar, pero que yo no debo hacerlo, que no está bien matar a los pobres bichos. No es justo. Si él lo hizo, no tiene derecho a reñirme porque yo lo haga.

–…

Estoy tentado de intervenir, pero prefiero seguir escuchando. Lo que no entiendo, y hasta ahora no había caído en ello, es que no diga «Alexa» antes de cada frase, como indican las instrucciones para que el chisme responda. Quizá no está usándolo y lo que oigo es una conversación (la mitad de ella) con alguno de sus compañeros del colegio a través de la aplicación que les han instalado en el Ipad.

El Ipad, otro generador de discusiones con mi hijo para evitar que se pase el tiempo enganchado a la pantalla. La verdad es que no puedo imaginar a qué mente pedagógicamente privilegiada se le ocurrió sustituir los libros por ese chisme. Ver cómo hace los deberes con él es un verdadero suplicio. Para mí y para su madre. Pero nos callamos y evitamos cuestionar su utilidad educativa delante del niño, no vaya a pensar que estamos criticando a sus maestras y lo suelte por ahí. Menos aún cuando nos ve a nosotros sentados a todas horas frente a nuestros ordenadores.

Me pongo a espiar con la oreja pegada a su puerta. Espero que no me pille en esa ridícula postura, ni tampoco mi mujer, a la que oigo teclear en su despacho.

Sigue explicando sus aventuras en el cole. Ahora habla de lo malo que es en educación física, otro de sus temas estrella.

–Es que soy el más lento de mi clase, yaya.

Misterio resuelto. Está hablando con mi suegra. La llamada semanal para ponerse al día de las andanzas de su nieto.

Vuelvo a mi ordenador, arrepentido de espiarlo.

***

Sale de su cuarto.

–Es muy divertido hablar con la yaya –comenta con cara feliz–. Voy a beber agua y a seguir contándole mis cosas.

Mi mujer lo mira con cara de sorpresa.

–¿Con la yaya? ¿Y quién te ha dado a ti permiso para usar el móvil? ¿Se lo has dejado tú? –me pregunta a mí con el ceño fruncido.

Le respondo que no, sacándolo del bolsillo. Ella vuelve a poner cara de extrañada; el suyo lo tiene sobre la mesa.

–A ver –decimos los dos a la vez–, ¿has usado el Ipad para llamar a la yaya?

–Nooo –responde nuestro hijo con cierto tonillo condescendiente–, ya sabéis que el Ipad del cole solo lo puedo usar para hablar con mis compañeros de clase con el FaceTime. Para hablar con la yaya he usado Alexa.

Aunque el niño no ha dejado de trastear con el aparato desde que este llegó a casa, me sorprende que pueda usarse para eso y le digo que no me lo creo, que no mienta, arrepintiéndome en el mismo instante por usar esa palabra, pues sé el efecto inmediato que tiene sobre nuestro hijo.

Empieza a hacer pucheros. Desde que dijo sus primeras palabras, siempre reacciona así cuando no le creemos, cuando su agudo sentido de la verdad y la justicia se ve cuestionado.

–Que no me lo invento, papi. De verdad. El otro día le pedí a Alexa que quería hablar con la yaya Marisa y enseguida me comunicó con ella. Cada tarde hablamos un rato.

Escuchar ese nombre inesperado me deja perplejo. Por suerte, mi mujer reacciona antes que yo.

–¿La yaya Marisa? Hijo –le dice, intentando que no suene a reprimenda–, no está bien que hagas bromas con eso. ¿Quieres que papi se ponga triste?

Entre lágrimas, continúa protestando, dice que no miente, que no es ninguna broma.

Es cierto, él nunca miente. Siempre tiene muy a gala el decir la verdad. Seguir discutiendo es absurdo y no vamos a conseguir más que agobiarlo. Aunque no sé por qué ha tenido que inventarse que hablaba con su abuela muerta. Hábilmente, mi mujer cambia de tema y le pregunta cómo le ha ido hoy en el cole, mientras hace el gesto de que dejemos el asunto, que ya hablaremos después de ello. Mejor calmar a nuestro hijo y servir la cena cuanto antes. A veces olvido que solo tiene ocho años.

***

Cuando llego a casa tras dar mis clases, voy a hablar con él respecto a lo que ocurrió ayer. No me he quedado tranquilo. No entiendo a qué viene ese juego de fingir que habla con mi madre. Y por qué lo hace ahora.

Justo en el momento en el que abro la puerta de su habitación, le escucho decir «¿Vale, yaya?». Sentado en el suelo frente a Alexa, me saluda con la mano.

Me agacho, le quito los auriculares de un tirón y me los pongo. Me mira con enfado. Hasta mis oídos llega la voz inconfundible de mi madre. Habla sin saber que soy yo el que ahora la escucha. No puedo creerlo.

–¿Mamá? –pregunto sin poder añadir nada más.

Mi hijo sonríe.

FASE 4: ADULTO

La (otra) lotería

Para Shirley Jackson,
con admiración y mucha envidia.
Se los dan al monstruo, hace mucho que se sabe. Que el mundo sea como es tiene un precio y son esos niños.
Patricia Esteban Erlés, «Sacrificio»

La mañana del veintisiete de junio amaneció clara y soleada. No eran más que la diez, pero ya hacía mucho calor. Poco a poco, la gente del pueblo empezó a reunirse en la plaza, entre la oficina de correos y el banco. La lotería estaba a punto de empezar.

Los niños fuimos los primeros en llegar, por supuesto. La escuela había cerrado tres días antes. Ya estábamos de vacaciones y nos sentíamos libres y felices. Bobby Martin se había llenado los bolsillos de piedras y los demás no tardamos en seguir su ejemplo, seleccionando las más lisas y redondeadas. En pocos minutos, Bobby, Harry Jones, Dickie Delacroix y yo hicimos una gran pila de piedras en un rincón de la plaza y la protegimos para que los demás chicos no la saquearan. Las niñas estaban a un lado, charlando entre ellas, mirando a los chicos por encima del hombro, y los más pequeños se revolcaban en la tierra o iban de la mano de sus hermanos o hermanas mayores.

Las voces de nuestras madres empezaron a llamarnos. Todos acudimos a regañadientes hasta el centro de la plaza. Bobby Martin esquivó la mano de su madre cuando pretendía cogerlo y regresó corriendo, entre risas, hasta el montón de piedras. Su padre lo llamó entonces con voz severa y Bobby fue rápidamente a colocarse entre él y su hermano mayor. Mis padres me agarraron cada uno de una mano y nos quedamos quietos, esperando en silencio a que se iniciara la lotería. Aunque este era ya mi décimo sorteo, no podía evitar sentirme nervioso. Como cada veintisiete de junio.

Un murmullo acogió la llegada del señor Summers, el encargado del sorteo, que sostenía la caja negra en sus manos. Tras él iba el señor Graves, el jefe de la oficina de Correos, cargando con un taburete de tres patas, que colocó en el centro de la plaza y sobre el que el señor Summers dejó la caja.

Mi madre me había contado que los objetos originales para el juego de la lotería se habían perdido hacía mucho tiempo y que la caja negra ya se utilizaba antes incluso de que naciera el viejo Warner, el hombre más anciano del pueblo. La verdad es que cada vez estaba más gastada y el señor Summers insistía cada año en comprar una nueva, pero nadie quería deshonrar la tradición.

El señor Summers revolvía a conciencia los papeles que iba

introduciendo en la caja. Dado que la mayor parte del ritual se había perdido, el señor Summers había logrado que los pedazos de papel sustituyeran las fichas de madera que se habían usado durante generaciones. Estas fueron muy útiles cuando el pueblo era pequeño, pero ahora que ya habíamos superado las trescientas personas, era necesario usar algo que fuera más fácil de meter dentro de la caja negra. La noche anterior a la lotería, el señor Summers y el señor Graves preparaban las papeletas y las colocaban en la caja, y luego la dejaban a buen recaudo en la empresa de carbón del señor Summers hasta que a la mañana siguiente la llevaban a la plaza.

Había que resolver una gran cantidad de detalles antes de que el señor Summers declarara abierta la lotería. Lo más importante era confeccionar la lista con todos los niños entre tres y dieciséis años. El jefe de Correos debía tomar el juramento pertinente al señor Summers como oficial de la lotería. Mi madre me había contado que, en otro tiempo, el director del sorteo hacía una especie de saludo ritual para dirigirse a cada uno de los niños cuando se acercaban a extraer la papeleta, pero eso también había cambiado con el tiempo, y ahora sentían que solo era necesario que el oficial nos dedicara algunas palabras. El señor Summers era muy simpático y nos hablaba con mucha tranquilidad, animándonos a meter la mano sin miedo, a no demorarnos demasiado ante la caja.

Justo cuando el señor Summers dejó de hablar con el señor Graves y se volvía hacia todos los que estábamos allí congregados, la señora Hutchinson llegó a toda prisa por el camino que conducía hasta la plaza, arrastrando tras ella a su hijo Billy.

–Con este niño no hay manera. He tardado una hora en dar con él. Se había escondido en la parte más alta del granero. Suerte que lo he encontrado yo, que si lo hace su padre hubiera venido caliente –le comentó a la señora Delacroix, y las dos se rieron calladamente.

–Has llegado a tiempo. Todavía están de cháchara –dijo la señora Delacroix.

La señora Hutchinson estiró el cuello para observar a la multitud y vislumbró a su marido y a sus otros dos hijos en primera fila. Se despidió de la señora Delacroix con unas palmaditas en el brazo y empezó a abrirse paso. La gente se hacía a un lado de buena gana para dejarla pasar.

El señor Summers, que estaba esperando a que la señora Hutchinson se reuniera con su familia, dijo animadamente:

–Pensaba que íbamos a tener que comenzar sin ti, Tessie.

–Si mi marido me hubiera ayudado a buscar a Billy, no me habría retrasado. Pero no, tenía que largarse corriendo para ser el primero en llegar a la plaza. Si fuera tan responsable con todo lo que hace, otro gallo me cantaría –añadió con una sonrisa, que provocó una ligera

carcajada entre los presentes.

–Muy bien –dijo el señor Summers con sobriedad–, es mejor que empecemos ya, así acabaremos pronto y podremos regresar cuanto antes al trabajo. ¿Falta alguien?

–Clyde Dunbar –dijeron varias voces.

El señor Summers consultó su lista.

–Aquí está: Clyde, el hijo de los Dunbar. Es cierto. Está en cama con tos ferina. Aun así, todos sabéis que Clyde debe participar en la lotería. ¿Quién sacará la papeleta por él?

–Supongo que yo –respondió el padre de Clyde, y el señor Summers se volvió hacia él.

–Zack actuará por su hijo –anunció el señor Summers, mientras efectuaba una anotación en la lista que sostenía en las manos.

Todos nos quedamos en silencio, expectantes, mientras el señor Summers carraspeaba y contemplaba la lista.

–¿Estáis preparados? –preguntó–. Ahora voy a leer los nombres y cada uno de los niños vendrá y sacará una papeleta. Chicos, ya conocéis las reglas: debéis guardarla doblada en la mano, sin mirarla, hasta que a todos les haya llegado su turno. ¿Está claro?

La mayoría ya habíamos asistido varias veces al sorteo y los nuevos participantes, los cinco niños que habían cumplido tres años desde la última lotería, habían sido bien instruidos por sus familias. Ninguno de nosotros podía ocultar su nerviosismo: unos se movían inquietos sin soltar las manos de sus padres, algunos miraban al suelo, otros se humedecían los labios observando fijamente al señor Summers. Ninguno se atrevía a decir una sola palabra.

Por fin, el señor Summers alzó una mano y dijo «Adams». Un niño se adelantó a la multitud. «Hola, Steve», le saludó el señor Summers. «Hola, señor Summers», le respondió con una sonrisa nerviosa y seca; a continuación, Steve introdujo la mano en la caja negra y sacó un papel doblado. Lo sostuvo con firmeza por una esquina, dio media vuelta y volvió a ocupar rápidamente su lugar entre la multitud, donde permaneció ligeramente apartado de sus padres, sin bajar la vista a la mano donde tenía la papeleta.

–Allen –el señor Summers continuó recitando–. Anderson… Bentham…

Jimmy Bentham tenía solo tres años. Su madre lo acompañó hasta la caja y allí dejó que el niño extrajera la papeleta. Cuando sacó la mano, su cara resplandecía como si hubiera encontrado un tesoro. «Lo has hecho muy bien, Jimmy –le dijo el señor Summers–. No la abras, ¿eh?». «Nooo, zeñor Zummers», respondió ceceante. Todos nos echamos a reír.

–Qué rápido crecen estos chicos –comentó la señora Delacroix.

–Desde luego, el tiempo pasa volando –asintió la señora Graves.

–Clark… Delacroix… Annie Delacroix, quiero decir. Después, que suba su hermano Dickie.

–Dunbar –llamó el señor Summers, y Zack Dunbar se acercó con paso firme. Se le notaba incómodo.

–Graves…

Mientras saludaba al señor Summers con gesto serio grave, Mary introdujo su mano en la caja.

–Ya estás hecha una mujercita, Mary. Tu último sorteo, ¿no? –le dijo el señor Summers.

–Sí, señor Summers, la semana pasada cumplí los dieciséis.

–Suerte, pues.

Para aquel entonces, varios niños y niñas sostenían entre sus manos pequeños papeles doblados, que toqueteaban nerviosamente sin atreverse a abrirlos, por supuesto.

–Harburt…

Escuchar mi apellido vino acompañado de un escalofrío, tal y como había ocurrido en todas las ocasiones que podía recordar. Me acerqué a la caja.

–Adelante, Jimmy, tú ya sabes muy bien de qué va esto –me dijo el señor Summers, guiñándome un ojo.

Metí la mano, revolví las papeletas, intentando adivinar cuál era la que debía extraer. Cogí y deseché varias, hasta que finalmente me decidí. Cerré la mano con fuerza y la saqué con un nuevo escalofrío. Todo el mundo me miraba sonriente. Regresé a mi lugar, mientras el señor Summers pronunciaba el siguiente nombre de la lista.

–Hutchinson… Los hermanos Hutchinson.

–Si no te importa, Joe –le dijo la señora Hutchinson al señor Summers–, me gustaría que Billy subiera después de Davy y Lucy. Por hacerme llegar tarde, merece escoger el último. Y rapidito –Algunos de los presentes soltaron una sonora carcajada.

Tras sus hermanos, Billy se acercó a la caja con su rostro sonrojado y sus pies enormes y estuvo a punto de volcarla cuando sacó su papeleta.

–Jones…

–Dicen que en el pueblo de arriba están hablando de suprimir la lotería –comentó el señor Adams al viejo Warner. Este soltó un bufido y replicó:

–Hatajo de estúpidos. Si escuchas a los jóvenes, nada les parece suficiente. Dentro de poco querrán que volvamos a vivir en cavernas, que nadie trabaje más y que vivamos de ese modo. Antes teníamos un refrán que decía: «La lotería en verano, antes de recoger el grano». A este paso, pronto tendremos que alimentarnos de bellotas y frutos del bosque. La lotería ha existido siempre –añadió irritado–. Ya es suficientemente terrible tener que ver a Joe Summers bromeando con

cada uno de los niños, como si tuviera que entretenerlos. Los niños saben muy por qué están ahí, no necesitan tanta palabrería.

–En algunos lugares ha dejado de celebrarse la lotería –apuntó la señora Adams.

–Eso no traerá más que problemas –insistió el viejo Warner–. Hatajo de estúpidos.

–Martin… –Bobby saludó a sus padres antes de coger la papeleta.

–Overdyke… Percy…

Daniel Percy no quería soltar la mano de su madre ni avanzar hacia la caja. Asustado, empezó a llorar. Su padre lo cogió en brazos y en dos zancadas lo depositó ante el señor Summers.

–Vamos, Daniel –le dijo este–, no te preocupes. Es muy fácil. Piensa en que todavía quedan varios niños por sacar su papeleta. No querrás hacerles esperar, ¿verdad?

Daniel acabó metiendo su manita en la caja. Con el torpe andar de sus tres años, regresó junto a sus padres, que le esperaban con gesto serio.

–Ojalá se den prisa –murmuró la señora Dunbar a su marido–. Esto no se acaba nunca.

–Ya casi han terminado –dijo el hombre–. Este año hay más niños…

El señor Summers continuó con su letanía.

–Thompson… Watson… Wilson… y Zanini. Venga, Nancy, que este año eres tú la última. A ver si acabamos pronto, que los campos no se cultivan solos –dijo el señor Summers con una sonrisa. Todos los adultos rieron. Los niños permanecimos en silencio, agarrando con fuerza nuestras papeletas.

Después de eso, se hizo una larga pausa cargada de nerviosismo, hasta que el señor Summers dijo:

–Muy bien. El momento ha llegado. Ya podéis abrirlas, niños.

Durante un instante nadie se movió, y a continuación, todos las abrimos a la vez. De pronto, los padres y las madres se pusieron a hablar:

–¿Quién es?

–¿A quién le ha tocado?

–Espero que no sea Nancy –cuchicheó una chica a mi lado.

Al cabo de unos momentos, las voces empezaron a decir:

–Es Hutchinson. Le ha tocado a Billy Hutchinson.

Todos empezamos a buscar a Billy con la mirada. Billy estaba inmóvil junto a sus padres. Contemplaba en silencio el papel que tenía en la mano. Parecía a punto de echarse a llorar.

De pronto, la señora Hutchinson le gritó al señor Summers:

–¡No es justo! No le has dado tiempo para elegir la papeleta que quería. Todo por las prisas, Joe. ¡No es justo!

–Tienes que aceptar la suerte, Tessie –le replicó la señora Delacroix, y la señora Graves añadió:

–Todos los niños han tenido las mismas oportunidades.

–¡No es justo!

–¡Tessie, cierra el pico! –intervino su marido. A su lado, Billy había empezado a llorar.

El señor Graves tomó de la mano a Billy y lo llevó junto al señor Summers. Billy no ofreció resistencia.

–Vamos, amigos –dijo el señor Summers–. Acabemos rápido con esto.

El montón de piedras que los chicos habíamos reunido aguardaba en una esquina de la plaza. La señora Delacroix escogió una tan grande que tuvo que levantarla con ambas manos y se volvió hacia la señora Dunbar.

–¿Has escogido ya? –le dijo–. Date prisa.

La señora Dunbar sostenía una piedra de menor tamaño en cada mano y murmuró, entre jadeos:

–No puedo apresurarme más. Tendrás que adelantarte. Ya te alcanzaré.

Todos los niños teníamos preparadas nuestra provisión de piedras. Yo le puse varias en la mano al pequeño Davy Hutchinson. Su hermano Billy había quedado en el centro de un espacio que a estas alturas ya se había despejado, y extendía los brazos desesperadamente mientras todos avanzábamos hacia él. Pareció que iba a decir algo, pero continuó callado. Agachó la cabeza y dejó de mirarnos. Sus padres se hicieron a un lado. La lotería les dejaba la libertad de no participar.

–¡Vamos, vamos, todo el mundo! –gritó el viejo Warner, mientras arrojaba la primera piedra.

Instantes después todos nos abalanzamos sobre Billy.

Subsistencia

Todo va a ir bien, ¿verdad, papá?
Sí, todo irá bien.
Y no nos va a pasar nada malo.
Desde luego que no.
Cormac McCarthy, La carretera

Cuántas veces habíais bromeado acerca de a quién os comeríais antes si llegaba el apocalipsis zombi. Papi siempre era el primero en responder: A ti, que estás más tierno, carne infantil sin contaminar. Yo empezaría por las nalgas, que es la zona más jugosa. Carpaccio de nalga. Delicioso. Nalga empanada. Papi sabía muy bien lo que hacía usando la palabra nalga. Era inevitable que al escucharla te echases a reír. Cuántos chistes habíais inventado con ella. Pero eso no quitaba que en tu mente la risa se uniera al miedo. No podías –no querías– imaginar que tus padres tomaran la decisión de comerte. Mami, siempre más sensata y prudente, reñía a papi por esas tontas bromas, que te hacían sentir muy intranquilo.

Has perdido la cuenta de los días que lleváis recluidos en el sótano. Al principio, mientras hubo suficiente comida, la vida era fácil. Incluso divertida. Tener a papi y a mami para ti solo a jornada completa te llenaba de felicidad. Todo el tiempo se iba en jugar, dibujar, leer juntos, incluso empezasteis a escribir un falso diario inventando las muchas aventuras que el confinamiento no os dejaba emprender. También estabas contento por no ir al cole, aunque echabas de menos a tus amigos. Y a los primos. Y a los yayos. Desde que os encerrasteis no has sabido nada de ellos y eso te da mucha pena.

Tuvisteis suerte de que el edificio contase con un pequeño sótano y, más aún, de que nadie decidiera utilizarlo. En cuanto aquellos seres invadieron la ciudad, los vecinos salieron de estampida. Papi y mami decidieron que huir no tenía demasiado sentido –así te lo explicaron–, y menos con un niño de ocho años; allá donde fuerais os ibais a encontrar con una situación semejante: las terribles noticias que llegaban de otras poblaciones eran un calco de lo que estaba sucediendo en vuestra ciudad. Mejor esperar. Seguramente, repetía mami, esas alimañas acabarán marchándose en cuanto se queden sin comida. O quizás alguien venga en nuestra ayuda: no debemos ser los únicos en toda la ciudad que hayan decidido quedarse y aguardar a que las cosas mejoren.

Nunca te ocultaron lo que ocurría fuera. Aunque todavía no has podido ver a las bestias, sí has escuchado muchas veces sus horrendas voces, cuyo sonido no sabrías describir.

Lo primero que hicieron tus padres fue bloquear la puerta del edificio. Fue un trabajo difícil, pues tuvieron que hacerlo muy rápido y en silencio, mientras tú vigilabas el exterior desde la ventana de vuestro piso. Esperaban que aquel montón de muebles apilados contra la puerta sirviera para frenar a las bestias, pero también a otros humanos que pretendiesen entrar sin permiso en el edificio. Como te dijo mami, no debíais bajar la guardia: mejor averiguar sus intenciones, antes de franquearles el paso. Pero eso todavía no ha llegado a ocurrir.

Después de instalar la barricada, recorristeis los apartamentos abandonados en busca de víveres, agua y medicinas. Otro golpe de suerte: el miedo y la precipitación hicieron que los vecinos huyeran sin vaciar frigoríficos y despensas. Fue divertido y excitante ir forzando puerta tras puerta y revolver las casas de los vecinos. En algunas os esperaban auténticos tesoros: una paletilla de pata negra, varios quesos, un par de salchichones, tabletas de chocolate y muchos tetrabriks de leche y de sopa. Como en ninguno de los apartamentos encontrasteis una nevera pequeña que se pudiera transportar al sótano, papi y mami decidieron que era absurdo que os llevarais los alimentos perecederos, salvo algunas lechugas y unos filetes de pollo, que fueron vuestras comidas y cenas durante los cuatro días siguientes. No estabais seguros de que el suministro eléctrico continuara funcionando mucho más tiempo. También cogisteis varias botellas de vino y de whisky. Por si acaso, dijo papi guiñándole un ojo a mami.

Entre los tres lo trasladasteis todo al sótano, junto a ordenadores y móviles (pronto inservibles tras el apagón), un montón de libros y juguetes, el hornillo para cocinar que mami compró aquella vez que fuisteis de camping y que no habíais vuelto a utilizar, así como varios enseres de cocina, colchones, mantas y ropa.

El sótano no es mucho más grande que el comedor de vuestro piso, pero papi y mami lo escogieron porque sabían que en él había agua corriente gracias a un pequeño grifo que debieron instalar allí para facilitar la limpieza del recinto y, sobre todo, porque su puerta era infranqueable: la primera vez que la viste te hizo pensar en los refugios antinucleares de las películas. Allí se guardaban las bicis y los trastos que vosotros y el resto de vecinos habíais ido acumulando con el paso de los años. No había retrete, por lo que tuvisteis que acostumbraros a hacer las necesidades en un cubo, que después papi vaciaba por el mínimo ventanuco que da al callejón donde antes jugabas con tus amigos.

Gracias también a ese ventanuco, en el sótano entra un poco de luz natural, podéis saber si es de día o de noche. Pero también se cuelan por él los gruñidos de las bestias. A eso sí que es imposible

acostumbrarse. Aunque te tranquiliza saber que nunca podrán entrar: un par de recios barrotes de metal bloquean completamente el paso. Ni un niño pequeño podría colarse por allí.

Antes de encerraros, a papi se le ocurrió dejar varios cubos en la azotea del edificio para que recogieran agua de lluvia. El suministro de agua corriente no iba a durar para siempre, ni tampoco las botellas que lograsteis reunir tras revisar los apartamentos de los vecinos.

Para ahorrar combustible, la mayoría de vuestras comidas se componían de alimentos fríos: garbanzos, lentejas y guisantes cocidos, sopa de pollo... Comer todo eso sin calentar directamente del envase te resultaba asqueroso, pero aprendiste a no protestar. La cosa mejoraba los días en que tocaba embutido y queso. Empezaste a apreciar el atún y las sardinas de lata, que antes evitabas. Por suerte, también teníais galletas, barritas energéticas y varios paquetes de pan tostado. Las escasas ocasiones en que hervíais un poco de pasta o de arroz, se convertían en una fiesta.

Eso sí, solo hacíais una comida diaria. Te costó adaptarte, pero enseguida entendiste que era la única forma de hacer durar vuestras provisiones el mayor tiempo posible.

Papi se empeñó en que aprendieras a utilizar el hornillo y a cocinar con él. En otra situación no te hubieran dejado ni acercarte al fuego, pero ahora te convenía saber hacer todas estas cosas.

Aunque vuestros días eran siempre iguales, tú no te aburrías. Os convertisteis en auténticos profesionales del Scrabble, el Rummikub y el Monopoly (resultaba irónico competir por hacerse millonario cuando el dinero ya no servía para nada), vuestras construcciones de Lego eran cada vez más grandes y complicadas, leísteis varias veces en voz alta tus novelas preferidas de Roald Dahl, que ya casi te sabes de memoria, escribisteis cuentos…

De vez en cuando, con mucha precaución y en completo silencio, papi y mami iban a revisar la barricada. Tú te quedabas encerrado en el sótano, atento a sus avisos. Después de comprobar que el acceso permanecía bloqueado, uno de ellos subía a la azotea para acarrear el agua de lluvia que pudieran haber recogido los cubos. De paso, aprovechaban para espiar lo que hacían las bestias y trataban de localizar a otros supervivientes. Lamentablemente, las noticias que traían nunca eran las que deseabais.

Poco a poco, papi y mami empezaron a mostrarse nerviosos y preocupados. Trataban de disimularlo, aunque tú notabas su inquietud. Papi, si no jugaba contigo, pasaba el tiempo ordenando y reordenando vuestra despensa: era evidente que estaba calculando cuándo se terminarían los víveres. Si cogía un libro, pronto dejaba de pasar sus páginas y se quedaba mirando al vacío. Mami, antes del apagón, era la responsable de encender los móviles para revisar las

pocas webs de noticias que todavía seguían activas (los canales de televisión y radio dejaron muy pronto de emitir). Ya sin electricidad, las baterías no tardaron en agotarse. Mami organizó un nuevo registro de los apartamentos de los vecinos. Mientras papi y tú vigilabais, tras comprobar que la barricada seguía en su sitio, ella revisó una tras otra todas las viviendas, pero los móviles que encontró estaban tan muertos como los vuestros. Completamente aislados, mami cambió de carácter. Aunque seguía siendo cariñosa y participaba en los juegos que organizabas con papi, empezó a pasar mucho tiempo tumbada a solas en el colchón.

Las raciones diarias se fueron haciendo cada vez más pequeñas. Descubriste lo que era pasar hambre de verdad, la continua y dolorosa sensación de tener el estómago vacío. Empezabas a sentirte como el protagonista de Charlie y la fábrica de chocolate. Y como le ocurría al pobre Charlie en la novela, papi y mami decidieron reservar parte de su comida para dártela a ti. Eso te enfadaba, pero era tanto tu apetito que acababas comiéndotelo todo sin rechistar.

Fue entonces cuando papi decidió salir en busca de alimentos. Quizá quedasen víveres en algunos de los supermercados del barrio o en las viviendas de otros edificios cercanos. Insistió en que tenía que intentarlo. Esperaste que mami dijera algo, que tratara de convencerlo de que no lo hiciera. Pero se quedó en silencio. Te abrazó y dijo que papi no tardaría en volver, que no se le ocurriría dejaros solos.

La espera fue insoportable. Era tanto tu miedo que no podías ni llorar. Mami trataba de animarte con juegos y lectura, pero no eras capaz de concentrarte en nada. Lo único que podías hacer era mirar hacia la puerta, deseando que papi entrara por ella cuanto antes.

Papi regresó con su mochila repleta de latas y paquetes de arroz y pasta, pero tan asustado que, solo cruzar la puerta, juró que nunca más volvería a salir hasta que no desaparecieran aquellos engendros. Mami trató de calmarlo. Tú le pediste que te contara lo que le había ocurrido, lo que había visto afuera, pero se negó. No dejaste de preguntar hasta que papi te gritó que te callaras, algo que nunca había hecho antes. Con gesto apesadumbrado, se disculpó y te dio un largo abrazo. Su cuerpo no dejó de temblar mientras lo hacía.

La mayor parte del tiempo lo pasabais tumbados en los colchones, así consumíais menos energía. Pero eso no impedía que papi y mami dedicaran un rato diario a leer en voz alta alguno de tus libros preferidos.

Papi y mami empezaron a discutir. Lo hacían de noche, en voz muy baja, acurrucados bajo las mantas, cuando te creían dormido. Tú escuchabas atento, tratando de entender lo que decían. A veces se enfadaban y el día siguiente lo pasaban sin hablarse, hasta que hacían las paces y tú volvías a sentirte tranquilo. Y a salvo.

Una noche te despertó la voz de papi. Con un tono muy irritado le decía a mami que no pensaba aceptarlo, que prefería volver a salir. Buscar más lejos. Mami le decía que no había otra solución. Solo tiene ocho años. No es justo. Tienes que protegerlo. Esas bestias acabarán marchándose. Estoy segura.

Cuando despertaste al día siguiente, mami se había ido. Y te asustaste como nunca lo habías hecho en tu vida. Papi te dijo que no te preocuparas, que mami había ido en busca de ayuda, que enseguida volvería. Pero tú no le creíste. Y empezaste a gritar que teníais que salir a buscarla, que no podíais dejarla allí afuera con las bestias. Papi trató de abrazarte, pero tú te zafaste y seguiste gritando. No podías entender que mami se hubiera marchado, que te hubiera dejado solo. Papi volvió a insistir en que mami volvería. Muy pronto. Pero lo decía con unos ojos muy tristes. Nunca le habías visto esa mirada, ni siquiera cuando volvió aterrorizado tras su salida en busca de comida.

Cada noche te dormías entre sollozos. Durante el día, pasabas las horas esperando que mami llamase a la puerta del sótano. Te daba igual si encontraba o no ayuda. Lo único que te importaba es que regresase. Volver a estar los tres juntos.

La primera vez que subiste a la azotea lo pasaste muy mal. Papi te había convertido en su ayudante en las diversas tareas que antes realizaba con mami: revisar la barricada, recoger el agua de lluvia, preparar la comida (racionando minuciosamente los víveres), adecentar el sótano… Tienes que aprender a valerte por ti mismo, hijo. Pronto dejarás de ser un niño.

Mientras subías por la escalera, tu corazón latía a mil por hora. Salir a la azotea te causó una profunda impresión. Hacía una mañana azul y clara. Volver a ver el cielo y las nubes, imposible desde el ventanuco del sótano, notar el calor del sol en tu cara, fue una experiencia maravillosa. Casi te olvidaste del miedo. Hasta que te diste cuenta del impresionante silencio que te rodeaba, antes impensable en una ciudad tan ruidosa y ajetreada como la tuya. Y junto al silencio, la terrible sensación de vacío que te provocó contemplar las calles sin gente, las maletas y enseres tirados por las aceras, los coches abandonados con las puertas abiertas… Todo estaba inmóvil, como si vieras una fotografía, como si el mundo se hubiera quedado suspendido en el tiempo. A la espera.

La ensoñación terminó cuando llegaron a tus oídos los repulsivos gruñidos de las bestias. Sonaban lejanos, pero igualmente amenazadores. Pese al miedo, te asomaste por la baranda. Necesitabas ver a esos monstruos, comprobar que estaban ahí. Sin embargo, las calles que podías contemplar seguían tan vacías como antes. Papi se puso a tu lado y te pasó un brazo por los hombros. No te preocupes, te dijo, están lejos de nuestro edificio. Ya hace un par de semanas que no

las veo merodear por aquí.

Señalando hacia tu izquierda, hacia la gran avenida que pasaba muy cerca de vuestra casa, te dibujó en el aire la mejor vía de escape para salir de la ciudad. Todavía no ha llegado el momento de usarla, pero llegará, ya lo verás.

Son ya varios días sin mami. Aún no has perdido la esperanza de que regrese. Papi intenta animarte, jugar un rato contigo, pero enseguida se cansa y va a tumbarse. Solo deja su colchón para preparar la comida. Él siempre come muy poco. Dice que no tiene hambre. Temes que enferme.

Desde el colchón te propone que ahora seas tú el que leas en voz alta. Te pide Jim y el melocotón gigante. Eso sí que estaría bien, ¿verdad?, te dice. Encontrar un melocotón gigante y comérnoslo mientras escapamos volando de aquí.

Papi te pide que le acompañes a vuestro viejo piso. Te va a gustar la idea que he tenido, dice guiñándote un ojo. Tras revolver en tu armario –cómo echabas de menos tu habitación–, papi saca la bandera del disfraz de pirata que llevaste en tu último carnaval. Te lo tomas a broma. No entiendes para qué puede necesitarla. Para llamar la atención, te dice sonriendo. Las bestias ni siquiera se darán cuenta de que está ahí, pero cualquier humano que la vea sabrá interpretar lo que significa. Hasta ahora no se le había ocurrido. Ni a él ni a mami. El miedo a ser localizados por las bestias no los dejaba pensar. Aunque es cierto que ellas nunca han intentado entrar en el edificio. Ver ondear la bandera negra con su calavera y las tibias cruzadas os hace sonreír.

Aprovechas para revisar los cubos. En uno descubres una rata ahogada. Estás a punto de tirarla a la calle cuando papi te dice que no lo hagas. Podemos cocinarla. Proteínas frescas.

Papi no sabe cómo quitarle la piel, pero lo intentará. Entonces te cuenta que cuando tenía catorce años tuvo que diseccionar una cobaya en clase de ciencias naturales y que no le salió del todo mal. Todavía no ha olvidado la impresión que sintió, tras abrirle el tórax, al ver latir su corazoncito. Me olvidaba decirte que estaba viva, pero la habíamos anestesiado antes, no te inquietes. Ahora será más fácil: el bicho está muerto. Pese al asco que te da, no apartas la vista. Como siempre dice papi, hay que aprenderlo todo.

Acompañada con un poco de arroz, os sabe a gloria.

Hoy cumples nueve años. Ha sido papi quien te lo ha recordado. Para celebrarlo, te ha preparado pasta: los últimos spaghetti. Todo para ti, hijo, disfrútalo. Tú le insistes en compartirlo o no será una verdadera fiesta. Te da la razón y devoráis en un instante vuestros platos. La pasta te sabe hoy mejor que nunca. Echas de menos a mami.

Papi te dice que quizá podríais dejar el sótano y volver a vuestro

apartamento, que ahí tendríais más sitio. Aunque sin agua y sin luz, las cosas no cambiarán mucho. Y añade que él todavía prefiere dormir protegido por la sólida puerta del sótano. Tú opinas igual.

De vez en cuando, descubres a papi escribiendo. ¿Es un cuento?, le preguntas. No, esta vez no. Pero es para ti. Pronto lo leerás, no te preocupes. Papi parece más triste que de costumbre.

Los días se repiten idénticos. Solo varía la menguante cantidad de comida y el progresivo debilitamiento de papi. Él no se queja, pero tú lo notas. Le dices que debe comer más, pero siempre se niega. Hay que racionarla, hijo, y tú la necesitas más que yo.

Llevas varias horas en la azotea. Todavía no has parado de llorar. Sentado en el suelo, lees la carta que te ha dejado papi.

Al despertar esta mañana, te has asustado mucho al ver que estabas solo en el sótano. Primero has pensado que papi había subido a la azotea a buscar agua, a espiar a las bestias, a comprobar si ya podéis escapar de allí… Al encontrar la carta, te has dado cuenta de que algo malo había pasado. Has subido las escaleras a toda velocidad.

El cuerpo de papi estaba tumbado junto a la puerta de la azotea. Inmóvil, con los ojos cerrados, parecía dormido. Enseguida has sabido que no era así.

La carta es breve. Papi debió pensar muy bien lo que te quería decir y cómo hacerlo. Si hubieras sido un adulto seguro que se hubiera expresado de un modo diferente. Lo primero que hace es pedirte perdón por no estar ahí, por dejarte solo. Tú has sido lo más importante para nosotros. Por eso tienes que sobrevivir.

En la carta, te cuenta que ha dejado un pequeño hueco en la barricada (Tranquilo, no se ve desde fuera), para que puedas salir sin problemas. Quizá mamá tenía razón y las bestias hayan abandonado ya la ciudad para buscar comida en otro lugar. Quizá puedas encontrar a otros supervivientes. Debes dejar el sótano, buscar agua y comida. Sobrevivir. Eres muy listo, sé que lo conseguirás.

La peor parte es la última: sus instrucciones, que continúas leyendo entre lágrimas. Papi te explica que los víveres, administrados como él te ha enseñado, todavía te durarán algunas semanas, pero que es mejor que los conserves para más adelante. El hornillo aún tiene gas para usarlo varias veces.

Sé que no es fácil lo que te espera. Pero puedes hacerlo. Debes hacerlo. Ya sabes por dónde debes empezar. Por la zona más jugosa…

Y sin poderlo evitar, te echas a reír. Y sigues riendo mientras piensas en lo que papi te pide que hagas. Y sigues llorando porque sabes que lo vas a hacer.

Sobrevivir. Por encima de todo. Como sea.